



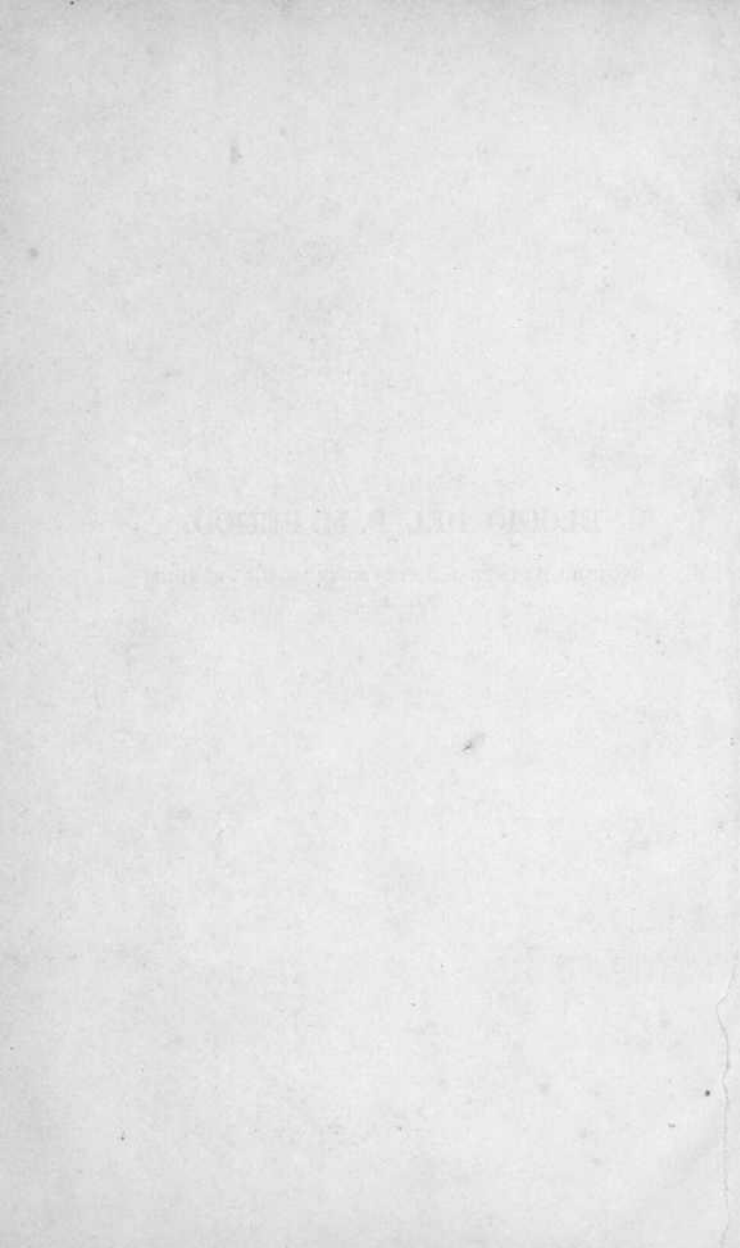


№ 3345



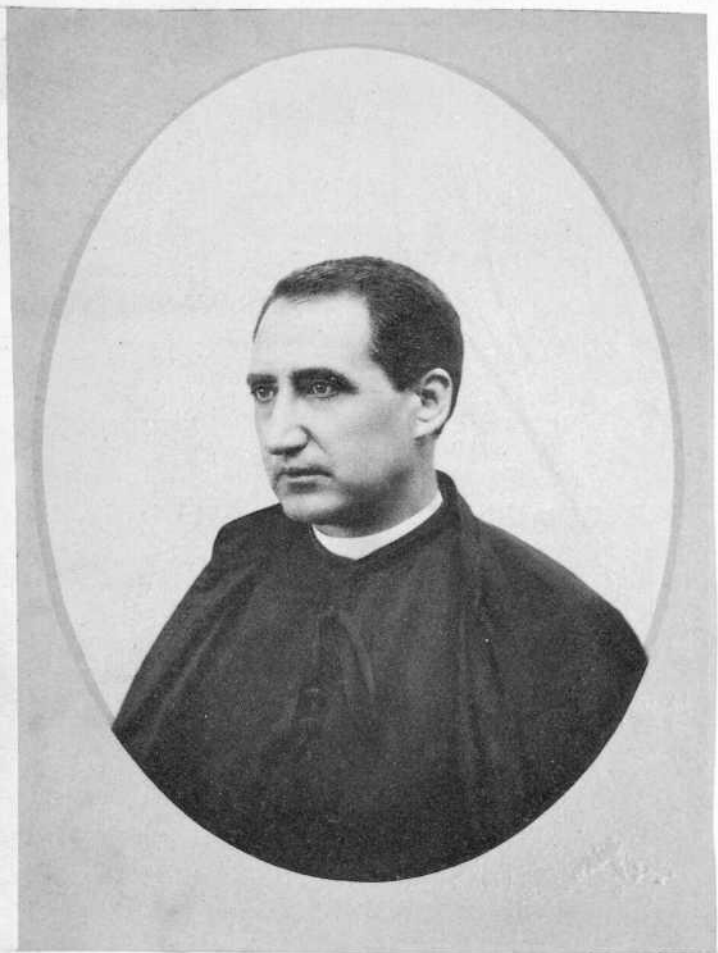
ELOGIO DEL P. M. FEIJOÓ,

SEGUIDO DE INTERESANTES NOTAS Y UN APÉNDICE



A LA
ILUSTRE, MUY NOBLE
Y
REAL CIUDAD
DE
ORENSE

El Autor



D. MARCELO MACÍAS Y GARCÍA

R-6200

C 1000

BIBLIOTECA GALLEGA

ELOGIO

DEL SABIO BENEDICTINO

FR. BENITO JERÓNIMO FEIJOÓ

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE FUNCIÓN RELIGIOSA CELEBRADA
EN LA S. I. CATEDRAL DE ORENSE EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1887,
CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN
DEL MONUMENTO ERIGIDO Á SU MEMORIA,

POR EL

DR. D. MARCELO MACIAS Y GARCIA

*Presbítero con Merced de Hábito en la Orden Militar de
Catalrava, Catedrático numerario de Retórica
y Poética en el Instituto Provincial, etc.*



LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR
1887

N.º 1 4334
R. 2886 (AL)

ES PROPIEDAD

José Miguex Peinó y Hermano, impresores.

AL LECTOR

Habiendo llamado nuestra atención la diversidad de maneras con que se acostumbra escribir el apellido del ilustre P. FEIJOÓ, hemos consultado hasta nueve tomos correspondientes á otras tantas ediciones antiguas de sus obras, y en las *Dedicatorias*, *Aprobaciones* y *Licencias* que aquellas llevan al frente, hallamos que en ocho de ellas se ve acentuada la «o» final del apellido, y en una solamente, que es la sexta del *Teatro crítico* (Madrid, Pérez de Soto-1753), dejan de llevar acento las dos vocales homólogas. En la *Oración fúnebre* de Fr. Benito de Uría, amigo y compañero de Religión del insigne polígrafo, vese también acentuada la última vocal del apellido. En la *Demonstracion crítico-apologética* del P. Sarmiento, á veces lleva acento y otras no, y en el *Indice general* de las obras del P. Feijoó—edición de Sancha, 1774—se ve la «o» final acentuada hasta en las titulares ornadas de su portada. D. José Pardiñas, coetaneo del P. Feijoó, en su manuscrito *Varones ilustres*, que recientemente hemos publicado en

esta BIBLIOTECA, acentuaba la «o» final precisamente en el apellido del sabio benedictino gallego y en el del padre de éste, y muy rara vez en los de los otros *varones* que lo tenían idéntico, cuyas vocales finales y homólogas no llevan, por lo general, acento alguno.

Confirma nuestra opinión en esta materia el presumir con fundamento que el P. Feijóo debió corregir por sí mismo algunas de las primitivas ediciones de sus obras — las nueve arriba citadas se hicieron en vida del autor — y debe suponerse no hubiera dejado pasar *tantas veces* desapercibidas las erratas en su apellido, y mucho menos en las *Dedicatorias* que llevan su firma al pie. Tampoco debe sorprendernos el ver usada en las ediciones antiguas la «o» final de este apellido con acento *grave*, ó empleado este signo en vez del *agudo*. Dependía esto de que aquellas *oficinas* tipográficas estaban surtidas de tipos y signos casi exclusivamente destinados á la impresión de obras escritas en latin, ó de la procedencia de las fundiciones: así que los cajistas tomaban de ambos acentos el que buenamente les venía á mano, puesto que el usar uno por otro en nada podría alterar la pronunciación de las vocales de nuestro alfabeto.

Las precedentes observaciones, que hemos elevado á la erudita consideración del autor del *Elogio del P. Feijóo*, unidas á otros datos que aquél ha tomado por sí mismo, nos han inclinado á hacer imprimir el apellido *Feijóo* en la forma que lo ven los lectores de esta obra, no sin haber obtenido de antemano para ello la aprobación del autor que nos honra sobremanera. Pero lo que juzgamos no tiene razón de ser, es el escribir este apellido, como muchos acostumbra, acentuando la primera «o», porque en este caso huelga la última.

El Editor.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

D. MARCELO MACÍAS Y GARCÍA



En todo tiempo y país han existido no pocos hombres de mérito, que aun habiendo prestado servicios eminentes á las ciencias y las letras, á las artes ó al comercio, solo fueron conocidos de algún que otro privilegiado de su época, y si en la nuestra vamos conociéndolos, débese al esfuerzo de los contados eruditos que se ocupan en exhumar antiguos manuscritos ó libros rarísimos, ó en coger al vuelo escondidas citas de escritores de la antigüedad, con el loable objeto de hacer salir aquellos ilustres varones del cruel olvido en que sus contemporáneos y sucesores los tuvieron, dándolos á conocer á la presente y á las futuras edades para mayor glorificación de la inteligencia humana y honra de los pueblos en que aquellos vieron la luz.

Viven también entre nosotros—y todos pudiéramos citar algún ejemplar—personas de clara inteligencia, de erudición nada común y de variadas ó especialísimas aptitudes, quienes, por excesiva modestia, por rarezas de carácter, por haber experimentado algún fracaso en los primeros ensayos, ó por no haberseles presentado una ocasión oportuna para exhibir sus talentos, vegetan en el más lamentable olvido, y salvo en el estrecho círculo de parientes y amigos, en que alguna que otra vez se habla de estos desheredados de la gloria, no queda mas rastro de su paso por el mundo que la buena memoria de sus próximos descendientes; porque la fatalidad persigue á aquellos infortunados con tal saña, que sus trabajos desaparecen con ellos, ó sus herederos no saben ó no quieren darlos á conocer.

No escasean tampoco los hombres de valía, solamente conocidos en las regiones, provincias ó localidades en donde habitan, porque lo humilde de su posición social, su alejamiento de las luchas políticas ó sus condiciones de carácter, les impiden adquirir amigos que en la prensa madrileña—calificador y á un tiempo juez supremo en estas materias—les dediquen artículos y sueltos encomiásticos que en determinadas circunstancias bastan por si solos á hacer una reputación, difícil de destruir—aun cuando sea exagerada ó ficticia—en tanto los amigos permanezcan fieles ó no tire el diablo de la manta por otro lado.

Muy pocas personas sabían en Galicia que

moraba en Orense uno de nuestros primeros oradores sagrados, si los recientes festejos celebrados en aquella culta ciudad en honor al P. Feijóo no le hubieran dado á conocer. Toda la prensa gallega y los diarios más importantes de la Villa y corte, se han ocupado estos días de la admiración y sorpresa que han causado en los que le oyeron, la sonora voz, la acción distinguida y la arrebatadora elocuencia del Sr. Macías, como también el profundo estudio de erudición y de crítica que revela su *Elogio* del insigne benedictino gallego. Dice á este fin el ilustrado corresponsal de EL LIBERAL en la ciudad de las Burgas:

«Para puntualizar los ingentes combates científicos librados por Feijóo, para enaltecer sus colosales esfuerzos intelectuales, para dolerse de las persecuciones de que le hicieron víctima otros frailes, no como él tan virtuosos, y otros publicistas, no como él tan conspicuos, para dar la batida á las ignorancias que aun hoy disputan al gran escritor por monstruo luterano, desposeido de fe, rebelde á Roma y enemigo de obispos y curas, subió al púlpito un orador brioso, de nervio, cuyo espíritu, saturado de tolerancias, ama todos los grandes ideales, y cuya gallarda palabra, nutrida de inspiraciones, fulgura y resplandece al tocar las cumbres de la elocuencia.

Llámase el orador D. Marcelo Macías, y es catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Orense.

Los hábitos sacerdotales no le embarazan, antes prestan majestad á su simpática figura; su voz, clara y sonora, adaptación á las dulzuras melifluas y á los apóstrofes enérgicos; pero lo que más avalora al discreto orador, son sus ideas modernas, sus amplios conocimientos, su odio al efectismo y á los melindres, su cultura, que al contradecir al filósofo ó al publicista de escuelas contrarias, no pone en sus labios insultos, ni ponzoña en sus frases, y su acendrado amor al progreso en todos los órdenes de la vida social.»

Y escribe, á su vez, el de EL PAIS:

«A las nueve y media de la mañana comenzaron los honores fúnebres en la Catedral, cuyo acto tuvo lugar en la Capilla Mayor con asistencia del Cabildo. Celebrada la misa cantada, y á toda orquesta, subió al púlpito el docto catedrático del Instituto provincial, D. Marcelo Macías, pronunciando un elocuentísimo discurso en honra á la memoria del ilustre polígrafo Feijóo. A pesar de la mucha concurrencia, muy mal acomodada, se le escuchó con profundo silencio y atención, y si fuera permitido aplaudirle en aquel recinto, recogería gran cosecha de entusiastas y merecidos aplausos.

Si he de ser imparcial, debo confesar que el Sr. Macías es un distinguido orador sagrado, que atrae y seduce con su fácil palabra, su galana frase, sus elevados conceptos, sus brillantes imágenes, su vasta erudición, su actitud modesta y su acción correcta y culta, dotado, además, de una figura simpática y de un timbre de voz muy agradable. Es, en una palabra, un verdadero orador.»

Del paralelo que hizo el orador entre el P. Feijóo y Voltaire, han deducido los correspondientes de algunos periódicos, que el Sr. Macías «milita en las filas de la escuela liberal» ó que «se halla constreñido por el círculo de hierro del ultramontanismo.» Nosotros, que tenemos la dicha de conocer al Sr. Macías desde la niñez, abrigamos la creencia de que no está afiliado en ningún partido político, antes por el contrario ha rehuido siempre el hacerlo; como buen sacerdote y honrado ciudadano, juzga se debe á todos y á todos quiere ser útil; y lamenta amargamente los odios feroces, las menguadas ambiciones y las crueles venganzas á que arrastran esas luchas fratricidas. Por otra parte, el texto de su *Oración fúnebre*

no da motivo, en nuestra humilde opinión, á emitir tan contradictorios juicios, porque dadas las ideas religiosas y de patriotismo que la informan, no se acentúa en ella nota alguna que pueda salir de la textura ordinaria. Y no siendo nuestro objeto, ni menos de nuestra competencia, hacer un estudio crítico del *Elogio* del Sr. Macías, ha tenido á bien encargarse de tan difícil tarea el autor del *Prólogo* de este libro, orador sagrado, también elocuentísimo, y distinguido escritor, hacia cuyo notable trabajo llamamos la atención de los lectores.

La eminente escritora, honra de Galicia y de España,—que no prodiga en vano sus elogios,—emitió también su juicio acerca del orador y de su *Oración*, y honrosísimo, por cierto, para el Sr. Macías. No se contentó la eximia novelista con exclamar al finalizar aquella: «Tienen ustedes en Orense al Castelar sagrado,» sino que, en el discurso que ella leyó en el acto de la distribución de premios, dijo, poco mas ó menos: «De la ortodoxia de Feijóo no me ocuparé después de la *grandiosa* Oración fúnebre que resonó ayer bajo las bóvedas de la S. I. Catedral.»

Sábase, pues, en estos momentos, que el Sr. Macías es un orador sagrado de primer orden; pero se ignora, de seguro, en Galicia, que es además poeta de sentimiento y bríos, escritor y periodista distinguido, y arqueólogo tenaz é inteligente. Y á fin de que nuestros lectores le conozcan bajo los últimos aspectos, hemos reunido precipitadamente los apuntes

biográfico-bibliográficos insertos á continuación, que, como lo ya escrito, estaban destinados á la revista GALICIA, y ahora, con la venia del autor,—que nos honra en extremo—van al frente de su *Elogio del P. M. Feijóo*, atrevimiento que ya nos ha perdonado nuestro querido amigo y paisano, con la benevolencia de los verdaderos sabios.

*
* * *

Don Marcelo Macías y García nació en la antiquísima ciudad de Astorga el año de 1843. Todavía recordamos á su casi centenario (1) padre, venerable anciano de alba cabellera y de dulce semblante, honrado á carta cabal, idólatra de su familia, afable con todo el mundo y por todos querido y respetado. Fué D. Esteban Macías Pérez de Ron uno de los contados y heroicos defensores de aquella *Benemérita* ciudad en la Guerra de la Independencia; y á pesar de sus años y del tiempo transcurrido, aun hervía su sangre, se encendía su rostro y brillaban sus ojos al recordar los peligros y miserias porque atravesó aquel puñado de valientes, y los atropellos y desmanes que los

(1) Falleció á los 96 años de edad, el año de 1868.

invasores cometieron con los sufridos é indefensos habitantes de la *Muy Noble y Leal* ciudad. Narraba el anciano con tan vivos colores y con tal riqueza de detalles lo sucedido en aquellos días de lucha y de sufrimiento, que los jóvenes que le oíamos con religiosa atención, tocados de su entusiasmo, nos creíamos, el que menos, en aquellos momentos, capaz de hacer frente á un escuadrón de soldados del Ogro de Córcega. ¡Séale la tierra leve á aquel excelente patriota, buen esposo y padre y cumplido caballero, y regocíjese desde la mansión de los justos en la gloria de su hijo, que ha heredado sus virtudes é ilustra su iumaculado apellido!

A la muerte de su anciano padre, quedó nuestro biografiado constituido en jefe de familia, con su virtuosa madre doña Obdulia García y Garrido y cuatro hermanas todavía muy niñas, de las cuales no se separó un momento, á pesar de los frecuentes viajes y peripecias de su vida, hasta que dos de ellas tomaron estado; conservando en la actualidad á su lado á su señora madre y las dos hermanas menores.

Cursó el Sr. Macías en el Seminario conciliar de Astorga los estudios de Latinidad y Filosofía, siete años de Teología y dos de Cánones, habiendo obtenido en todos ellos la nota de *Meritissimus*, y ganado á oposición el grado de Bachiller en Teología.

Fué ordenado Presbítero por dispensa especial del Pontífice, pnes no tenía aun la edad

exigida por los Cánones, y en aquel Seminario fué suplente general de cátedras, y poco después catedrático numerario de Lógica y Aritmética, y al mismo tiempo director espiritual del establecimiento. Por cierto, que venciendo no pocas dificultades, y con el beneplácito del Obispo, Sr. Argüelles, logró fundar en él un teatrillo para que los colegiales se ejercitasen en la declamación, inaugurándose con un juguete cómico titulado *Quien paga el pato*, que escribió el Sr. Macías, sobre una de tantas calaveradas inocentes que suelen hacer los estudiantes, y fué aplaudido con entusiasmo por el público compuesto casi en su totalidad de hombres, puesto que las hembras—salvo las señoras mayores—estaban taxativamente excluidas de asistir al espectáculo.

La Revolución de Septiembre mermó en gran manera los recursos de los Seminarios, haciendo la vida de estos establecimientos monótona y precaria, lo cual obligó al Sr. Macías á marcharse á Madrid, donde al tiempo que se dedicaba á la enseñanza privada, cursó la carrera de Filosofía y Letras, y se graduó de Doctor en aquella Facultad, obteniendo la calificación de *Sobresaliente*.

Armado de un título tan brillantemente adquirido, presentóse candidato en las primeras oposiciones á plazas de Retórica convocadas después de la Restauración, y fué incluido, por unanimidad, en primer lugar en la terna correspondiente. Pero no contaba el Sr. Macías con la huéspedada, que era aquí el Sr. Oro-

vio, ó mejor dicho, su enorme chaleco, en cuyos hondos bolsillos cuéntase archivaba aquel ministro los nombres de los opositores que llevaban primeros lugares en las ternas; y algo de verdad debía haber en el gracioso cuento, porque en esta ocasión se llevó la plaza el tercer lugar. Monomanías, que Dios habrá perdonado al celebérrimo ministro.

Tan descarada injusticia indignó, y con sobrada razón, al Sr. Macías, quien, en medio de su disgusto, tuvo el consuelo de encontrar un verdadero amigo en el Sr. Marqués de Fuensanta de Palma, que le hizo dejar á Madrid y se lo llevó consigo á la isla de Mallorca, donde pasó una larga temporada, predicando con gran aceptación y dando conferencias en el *Círculo católico* de Palma, del cual era Presidente su ilustre amigo, el veterano escritor compañero de Balmes, D. José María Quadrado. En aquella ciudad colaboró en el MUSEO BALEAR, periódico redactado por literatos tan eminentes como poco conocidos en la Península.

De vuelta de Mallorca, cuya isla recorrió y estudió el Sr. Macías, dedicóse, aburrido, á la cura de almas (1) y fué, al poco tiempo, párroco de la villa de Monesterio en la diócesis de Badajóz, cuyo Prelado, entre otras distinciones, le eligió—distando muchas leguas de

(1) Habíamos olvidado consignar que antes de su viaje á Madrid había sido por poco tiempo párroco de Bemibre, en el Vierzo.

la capital—para predicar con otros compañeros la solemne misión que por Cuaresma solían dar en aquella Catedral los P. P. Jesuitas.

En su curato le sorprendió agradablemente la Real orden del Ministro de Fomento, señor Albareda, que vino á enderezar los entuertos de sus predecesores, dando una pronta reparación á los primeros lugares postergados; y siendo la vocación del Sr. Macías la enseñanza, no vaciló un momento en dejar su curato de pingües rendimientos por desempeñar las asignaturas de Retórica y Psicología, á la sazón vacantes en el Instituto de Jovellanos, de Gijón, desde el cual pasó por concurso al de Orense, en donde al presente vive contentísimo y estimado, como se merece, de los buenos orensanos, que le han nombrado en otra ocasión Juez de oposiciones á escuelas y recientemente vocal del Jurado en el Certamen literario celebrado en aquella ciudad para honrar la memoria del P. Feijoo.

Como escritor, hizo el Sr. Macías sus primeras armas en el periódico madrileño LA LEALTAD, que dirigía el infatigable polemista y presbítero D. Miguel Sanchez, y en él vieron la luz sus primeras poesías; entre ellas una muy notable titulada *A María*.

Colaboró más tarde en EL DOMINGO, semanario de Cádiz, que insertó varias poesías suyas, entre otras una oda dedicada á un malogrado amigo, el inspirado poeta lírico y dramático de Ponferrada, D. Mateo Garza, á que

éste contestó en otra que termina de esta manera:

«Canta y que suba tu canción sonora
Del mismo Pindo hasta la cumbre ingente,
Y coronen de nítidas guirnaldas
 Tu noble frente;
Que antes que el arpa que en tan dulce acorde
Llena el eter de luz y de armonía,
En mil pedazos para siempre rota
 Salte la mía.»

No desconocía el malogrado vate las excelentes aptitudes de su novel colega, y temiendo que éste abandonara las Musas por el estado eclesiástico que había tomado por aquel tiempo, animábale de tan generosa y poética manera á proseguir cultivándolas.

Leyó en la Juventud Católica, de Madrid, varias composiciones poéticas, que más tarde publicó en un folleto, de las cuales, la titulada *Los Conventos* mereció ser reproducida en la mayor parte de los periódicos católicos de España. Por este tiempo colaboraba también en LA TRADICIÓN, periódico que se publicaba en León.

En 1879 publicó en Madrid, en otro elegante folleto, una *Epístola satírica*, de corte bretoniano, que fué bien acogida por la crítica. Truena en ella el Sr. Macías contra las veleidades, ignorancia é injusticias sociales, y claro está que no había de olvidar al Sr. Orovio ni su legendario chaleco. De la herida brotaba sangre todavía. He aquí el final de la epístola aludida:

«Ven, caro Silvio, ven, ven enseguida.

Francas están las eternas puertas
 Del templo del saber al letriciada;
 Que pasadas estériles reyertas,
 Ya el famoso Ministro del chaleco
 Al último lugar las deja abiertas;
 Y administra al primero palo seco,
 Y llueven garrotazos á millares,
 Y á nadie vale ya bula de Meco.
 ¡Ay de tí, si sus iras provocares!..
 Huyeras, cual tu amigo, á tierra extraña
 A llorar de la patria los pesares!..

.....
 Oye, Silvio, y medita mi consejo:

La docta erudición peso es que abrumba,
 No estudies ni lo nuevo ni lo viejo,
 Y á escribir, á escribir... corra la pluma!..»

En Palma de Mallorca, y en el ya citado MUSEO BALMAR, publicó una leyenda sevillana, que lleva por título *La mejor venganza*, que fué, con justicia, muy aplaudida.

EN LA JUVENTUD, de Mondoñedo, dió á luz una serie de *Cartas á un joven*, que es un notable estudio de la civilización moderna, según la entiende el Sr. Macías; dos novelas cortas tituladas *Nobleza obliga* y *El Toque de alba*, y varias poesías, entre ellas una elegía á la muerte de su querido padre «sencilla sí, pero elocuente y sublime,» y como dijo de ella el notable orador sagrado y escritor antes aludido, «Es la voz de un hijo que se levanta pura y agradecida á las mansiones del Dios de la verdad para depositar allí el suspiro ardiente de un amor filial incontaminado, dulce y santo, como fueron las ideas é impresiones que grabó en su

alma el fervoroso y piadosísimo padre á quien recuerda.» (1)

He aquí algunas estrofas de la aludida composición poética:

«¡ Ah! dejadme llorar, que al pecho mío
Será el llanto que escalde la mejilla,
Lo que á la florecilla
Que marchita el estío
Los líquidos cristales del rocío.

.....

Si más allá de la mansión oscura
Do yacen los despojos de la muerte,
No hay para el alma pura,
Digna de mejor suerte,
Otra región de luz y de ventura;
En vano por mi padre elevaría
Plegaria fervorosa,
En vano en su sepulcro esculpiría
Con mano temblorosa:
«Orad por el mortal que aquí reposa.»
¿Qué importa que la vida sea un momento?
¿Qué importa sea un lamento
Apenas percibido,
De la brisa fugáz tenue gemido,
O leve arista que arrebatara el viento,
Si el alma venturosa rompe el duro
Hierro que á la materia la aprisiona,
Y, *hendiendo el aire puro,*
Al inmortal seguro
Vuela á ceñir de gloria una corona?

.....

¡Inmensa es tu bondad, Dios amoroso!
Acoge allá en el cielo
El alma del buen padre y buen esposo,
Y vela cariñoso
Por el hijo que llora acá en el suelo.»

(1) Dr. D. Juan F. Miguelez, Magistral de la Catedral de Mondoñedo.

Publica actualmente el Sr. Macías en la revista barcelonesa *Dogma y Razón*, las poesías inéditas de D. Cristóbal Cabrera, D. Juan de Aramburu y otros poetas religiosos del siglo XVI,—cuyos MSS tuvo la fortuna de encontrar en la Biblioteca del Instituto de Gijón—á los que acompañan sus correspondientes *Prólogos y Notas críticas*.

Lo que han dado en llamar «Monomanía de las antigüedades» tiénela en grado máximo y de luengos años nuestro ilustrado amigo, y debe á su actividad y constancia, más que á sus recursos pecuniarios, la adquisición de buen número de barros, inscripciones y otros objetos arqueológicos, y una curiosa y variada colección de monedas y medallas, objetos de su especial preferencia. Y no vayan á creer nuestros lectores que se trata de un coleccionista vulgar, de esos que matan sus ocios recogiendo ochavos y cacharros viejos para recrearse en contemplarlos y exhibirlos á extraños y amigos, sino que el Sr. Macías, merced á sus profundos conocimientos en la ciencia arqueológica, ha estudiado atenta y pacientísimamente sus colecciones y cuantas ha podido ver, hasta el punto de tener concluida una *Historia de la moneda en Roma*,—próxima á publicarse—que habrá de aportar seguramente nuevos y valiosos elementos á la ciencia numismática, y traer entre manos,—además de un curioso y profundo trabajo de erudición—una *Epigrafía de la antigua Astúrica Augusta*, tributo de gratitud rendido por el autor

á su ciudad natal, rica en inscripciones y restos de monumentos de la época romana.

Cierto que el Sr. Macías no ha nacido dentro de los límites de la Galicia actual; pero su ya larga residencia en este país, la predilección con que mira sus hombres y sus cosas, y el concienzudo estudio que acaba de hacer del P. Feijóo y de sus obras, danle derecho á que los gallegos le consideren como hermano adoptivo, con tanta más razón euanto que al hacer sus *pruebas* ó información de nobleza para obtener la merced del hábito de la Orden militar de Calatrava, halló el Sr. Macías que su abuela materna era natural de Villamartín de Valdeorras y de la noble casa de los de Ron, cuyas armas son un castillo con una caldera y un criado tocando nna bocina, y al rededor este curioso mote: «A este son comen los de Ron.» Además, en el Oeste de la vecina provincia de León, y especialmente desde el Orbigo hasta sus límites y confines con Galicia, consérvanse todavía algunos usos y costumbres, juegos y otras antiguas reminiscencias, que probarían, aunque la historia lo hubiera callado, haber formado parte aquel territorio, por gran espacio de tiempo, de este antiguo reino. Oyense con frecuencia á los habitantes de aquellos aldeas, romances, cantares, refranes, frases y palabras que se oyen en Galicia: su grito de alegría, después de sus danzas y cantares, es el *aturuxo* gallego; y si á los pacíficos moradores de las Riberas del Orbigo, de *Las Vegas* ó *La Cepeda* se les despojase de su

capa parda (*angüarina*) resultarían vestidos con polainas, calzón, chaleco, chaqueta y montera semejantes á los usados en algunas aldeas de las montañas de Galicia, y aun con variantes menos notables que las que se observan entre los aldeanos de las diversas comarcas de este país encantador. Dase también la circunstancia de que la Diócesis de Astorga tiene gran número de parroquias en las provincias de Lugo y Orense, y de que son gallegos una buena parte de los presbíteros que salen de aquel Seminario. Más distantes de los gallegos parecen los maragatos, á juzgarlos únicamente por su traje; pero quien les haya visto bailar su danza nacional, *el corro*, y comparado con la *muiñeira*, encontrará analogías en la forma circular en que bailan las mujeres, en el aire grave y aun severo de sus movimientos y en que los hombres bailan dentro del círculo, singularizándose uno de ellos por sus saltos, *figuras* y piruetas, una de estas especialísima á que los maragatos denominan *zapateta*, tan sólo usada —que sepamos—entre aquéllos y los gallegos, y consiste en un formidable salto de costado, chocando en su mayor altura las suelas de ambos zapatos; salto difícil y peligroso que pocos llegan á dar con precisión y limpieza. El traje, el baile y algunos otros usos y costumbres de los maragatos son muy semejantes á los de los bretones franceses: parecen ser aquellos una tribu celta hermana de la bretona—y por consiguiente de las gallegas—digna por muchos conceptos de un detenido estudio comparativo.

A cambio del perdón que solicitamos de nuestros lectores por las últimas disquisiciones folk-lóricas y por no haber sabido llenar como merece esta para nosotros, aunque difícil, agradable tarea, dámosla fin transcribiendo el honroso oficio de gracias dirigido al Sr. Macías por el Sr. Presidente de la Comisión nombrada en Orense para honrar la memoria del P. Feijoó, la cual con sus acertadas disposiciones, actividad y celo dignos del mayor encomio, ha logrado perpetuar en la estatua y en el libro la memoria del hijo insigne de Casdemiro.

Que un pueblo, que ha dado tan evidente muestra de superior cultura y de acendrado patriotismo, al honrar de tan digna y solemne manera á su hijo más ilustre, no hay duda está llamado á realizar en lo futuro otras no menos grandes y nobles empresas. ¡Loor á la comisión organizadora de los festejos en honor al P. Feijoó! ¡Gloria á la culta ciudad de Orense, por su patriótica manifestación, que ha venido á recordar á sus hermanas de Galicia que también han nacido entre sus muros hombres y mujeres ilustres, y ha llegado el momento de honrarles y enaltecerles como merecen y es sagrado deber!

Lean ahora nuestros lectores el oficio á que arriba aludimos:

COMISION
PARA HONRAR LA MEMORIA
del
P. FEIJOÓ
—
Orense.

No me es posible significar á usted, con la expresion que quisiera, la estima y gratitud que esta Comision le debe, por la Oracion fúnebre que á la memoria del P. Feijoo se ha dignado usted pronunciar el dia 9 del corriente en esta S. I. Catedral con motivo de la funcion religiosa en honor de aquél.

Si esta Comision, con la cooperacion de muchos, pudo levantar una estatua al P. Feijoo, usted solo, con su palabra, supo erigirle un monumento, acaso más imperecedero que aquella.

En nombre, pues, de esta Comision, manifiesto á usted nuestra admiracion y profundo reconocimiento.

Dios guarde á usted muchos años. Orense 12 de Septiembre de 1887.

MANUEL PEREIRO REY.

Sr. D. Marcelo Macías.

La Coruña 30 de Septiembre de 1887.

ANDRÉS MARTÍNEZ SALAZAR.

PRÓLOGO

—

PROLOGUE

I

El gran merecimiento de los hombres de ingenio, ha dicho un escritor ilustre, (1) no estriba tanto en despertar la admiración de sus contemporaneos, que no siempre les hacen justicia, como en dejar huellas de luz á los siglos venideros. Este hermoso y verdadero pensamiento, arrancado tal vez de las páginas de un libro (2) que con ser el más instructivo y elocuente de todos, muy pocos se cuidan de consultarlo y aprenderlo, no tendrá el mérito de la novedad si lo pre-

(1) El Marqués de Auñón.

(2) Alude al libro de las Santas Escrituras.

sentamos á la discreción de quien nos leyere como eterno monumento de la verdad histórica en ese imponente y perpetuo fenómeno de las contradicciones humanas; pero no se podrá negar que á cambio de su misteriosa inmutabilidad, nos ofrece el único puerto de refugio donde podemos hacer llegar, después de borrascosas tempestades, la verdadera grandeza del hombre sabio. No tenemos obligación de saber si todos los hombres que han recibido de Dios el don soberano de la sabiduría y lo han distribuido generosamente entre sus hermanos, habrán alcanzado, como es justo, el premio de rendida gratitud; pero se nos ha enseñado (y obra de grande misericordia fué) « que la misma sabiduría les rodea, buscando á los dignos de sí, y que en los caminos se les muestra alegremente, y en toda coyuntura se hace encontradiza con ellos. » (1) Y esta es, entre muchas, la razón potísima que descubre y sanciona la justicia con que se publica este libro, pálido reflejo, si se quiere, de lo que está escrito en los corazones de los buenos hijos de Orense. Las fiestas que esta generosa población de Galicia celebró en los primeros días de Septiem-

(1) Sap. cap. VI, v. 17.

bre del año que corre para solemnizar la erección y manifestación pública del sencillo pero glorioso monumento que se halla en la Plaza del Instituto, no han sido otra cosa que el cumplimiento de la verdad revelada en armonía con los sentidos y sublimes acentos de la justicia y de la equidad. ¿Era justo, por ventura, que la humanidad, víctima ya de tantas y tan fatídicas decepciones, no contara con un medio seguro, cierto, indefectible para distinguir el verdadero del falso mérito de la ciencia? ¿Era equitativo que al lado de tantos infatuados con una sabiduría terrestre, material, sensualista, ciencia que hincha y enerva y hace del hombre un gárrulo explotador de la sencillez y credulidad de sus semejantes, apareciese, formando coro, la ingente multitud de los que, llevando en sus labios el «misterioso vapor de la virtud de Dios, sincera emanación de la claridad del Omnipotente, y por eso pura, sin que mancha alguna se halle en ella, porque es resplandor de la luz eterna,» (1) han enaltecido y glorificado al mundo y han redimido con desinterés y abnegación heroica á

(1) Sap. cap. VII, ver. 25 y 26.



las generaciones humanas de horrible y abrumadora servidumbre? ¿No es, por otra parte, una necesidad eminentemente social trasladar al lienzo, á la piedra y al bronce ese artículo del código moral y científico que vive guardado en el pecho de las almas rectas, nobles, imparciales y justas para aplicarlo á su debido tiempo con loable rigor á los desmanes de la envidia, de la ambición, de la mordacidad y de la impostura? Orense, levantando una estatua al monje benedictino R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, se mostró digna madre de tal hijo y llegó... ¡á ser grande!; que para todos los pueblos, por humildes que fueren, hay un momento señalado, en el que dan pruebas de su grandeza; pero convengamos en que no hizo otra cosa que cumplir en este punto con la ley justa y rectísima de la *verdadera ciencia social*. Es verdad que en el cumplimiento de esa ley, ni todos los pueblos se muestran igualmente solícitos y cuidadosos, ni aunque quisieran serlo hallarían medios adecuados á sus deseos para dar forma y carácter privativo al mérito y poder de la sólida y verdadera sabiduría. ¡Se ha emponzoñado tanto el rico y purísimo manantial de la rectitud y de la

justicia distributiva! ;Se han espesado de tal modo las tinieblas con que se pretende oscurecer ó empañar la luz brillante y hermosa de la verdadera ciencia! ;Se han derramado tantos y tan funestos gérmenes de ambición ó de envidia, de mal gusto ó de innobilísimos deseos, que apenas pueden ver los pueblos el digno objeto de sus plácemes y agasajos, de sus premios y recompensas!

Sin embargo, consuélase el alma y dilátase el corazón en inefable júbilo al considerar que aun aparece de vez en cuando viva y esplendorosa esa centelleante llama, ese inextinguible fuego, ese misterioso *quid divinum*, chispa de luz eterna que conserva incorruptibles los rectos instintos de la humanidad, y que inflamando en alguna ocasión los dulces sentimientos del amor patrio, al descender fulgurosa de lo alto, ilumina á los pueblos, los conmueve, alienta y enardece hasta hacerles prorrumpir en una explosión de entusiasmo que inunda al Universo de gozo, de alegría, de felicidad y de gloria. Nosotros lo hemos visto. El espectáculo soberanamente grandioso, conmovedor, indefinible, profusamente cuajado de bellezas, de encantos y de dulzuras que por seis

días consecutivos ofreció la ciudad de Orense, al tender el manto de gloriosa inmortalidad sobre el hábito monacal de su hijo predilecto Fr. Benito Jerónimo Feijoó, no, no lo ha ofrecido, en igualdad de condiciones y circunstancias, ningún pueblo de nuestra España, y mal pudiera explicarse, ni aun concebirse siquiera, á no evocar este felicísimo y sublime pensamiento grabado con caracteres de fuego en el fondo del alma humana, para perpetua recompensa del hombre verdaderamente sabio.—«*Por la sabiduría tendré gloria entre las gentes y honra entre los ancianos siendo joven, y además tendré yo la inmortalidad y dejaré eterna memoria á los que han de venir después de mi.*» (1) Si pudiera decirse que el hombre sabio muere, las anteriores palabras hubieran servido al pueblo orensano para escribir ó esculpir en rico mármol el epitafio que con diverso género de lenguaje ha dedicado al monje benedictino, honra sublime y augusta de aquella fecunda y hermosa provincia. Orense ha testificado de un modo solemne que Fr. Benito Jerónimo

(1) Sap. cap. VIII, versículos 10 y 13.

Feijoó, personificación nobilísima de elevados ingenios, «*ha dejado plácida y eterna memoria á los que han venido después de él*» porque les ha dejado huellas indelebles de luz, recibiendo en cambio el voto de gratitud ardiente que un pueblo, levantándose imponente y admirable sobre las grandezas carcomidas de toda una nación, deposita generoso y justo á la vez cabe el pedestal modesto de una estatua. No es este el lugar oportuno para relatar el maravilloso conjunto de las tiernas, sentidas y espontaneas manifestaciones de amor y de entusiasmo con que aquella población de Galicia, tan cuidadosa de sus glorias, como amante de la legítima y culta civilización, llegó á presentar á la justa admiración de cuantos las vieron, contemplaron y estudiaron en su verdadero, grande é inapreciable valor: pero sería falta imperdonable en nosotros si al tomar la pluma para pagar una deuda de inquebrantable y cariñosa amistad, contraída desde largos años con la persona que sin mengua para nadie supo abrillantar aquellas fiestas con el mágico y seductor encanto de la verdadera ciencia en su más potente y fecundo imperio, no rindiéramos

el debido tributo de nuestros sinceros aplausos á todas y cada una de las comisiones que con un celo y un interés y una abnegación y un incomprensible sacrificio de sí mismas en honra y provecho, consiguieron estampar en la historia de los pueblos agradecidos y justos esa incomparable página de gloriosa grandeza que ostentar puede, orgullosa como pocas, la nobilísima y entusiasta ciudad de Orense.

II

Creemos estar en lo cierto al afirmar que entre las múltiples y espléndidas manifestaciones de respeto, de amor y de fe profunda con que la ciudad de Orense embelleció las fiestas consagradas en honor del P. Feijoó, ninguna tan expresiva y enérgica, ninguna tan grande y memorable, ninguna tan solemne, imponente y magestuosa como la ofrecida y tributada en la Santa Iglesia Catedral al celebrarse la función fúnebre organizada por el ilustrísimo Cabildo en memoria y sufragio del alma del sabio benedictino. Tal vez al recordar de nuevo todo el visto-

sísimo conjunto de aquellos inenarrables festejos, asombroso producto de la ciencia, del arte, de la industria y del buen gusto, último esfuerzo quizá que un pueblo, esmeradamente culto, pudo hacer para honrarse á sí mismo al honrar y colmar de gloria al más esclarecido de sus hijos; tal vez, decimos, no falte quien por mal entendido civismo ó por el influjo de opiniones extrañas ó tomando en cuenta el especial y sagrado carácter de que está investido quien esto escribe, quiera sospechar como hiperbólica ó apasionada nuestra anterior afirmación ó la suponga por lo menos inspirada en móviles egoistas ó *en resabios de escuela*. Mas como todo juicio crítico, que se funde en observaciones empíricas, no solamente es opuesto al mero individualismo, sino que además necesita para su exactitud el ineludible concurso de la autoridad, nos place adelantar la opinión de un periódico local (que á nadie parecerá sospechoso en esta materia), ya que por concisión omitimos la de los demás. LA OPINIÓN LIBERAL, en su número 88, se expresaba de este modo: « Uno de los actos que sin duda » alguna han revestido mayor solemnidad, ha » sido el celebrado en las espaciosas naves de

»nuestra Santa Iglesia Catedral, y para el
»que se buscaron con particular empeño las
»tarjetas que autorizaban la entrada en el
»reservado círculo que ocuparon las comi-
»siones oficiales y las personas invitadas por
»el Cabildo y por la Comisión general del
»Centenario.» Y después de reseñar lacóni-
camente aquel acto de incomparable grandeza, concluye el citado periódico con estas palabras: «No nos cansaremos de repetirlo: las honras fúnebres dedicadas á la memoria del sabio autor del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas* formarán, sin duda alguna, época en la historia del pueblo de Orense, y constituyen una de las páginas más brillantes de los festejos organizados en honor del reverendo P. Feijóo.» Así lo creemos y afirmamos nosotros; mejor dicho, nosotros creemos y afirmaremos siempre que nunca el pueblo de Orense y los que á las fiestas habían concurrido de lejos ó de cerca, demostraron tan viva y elocuentemente el verdadero valor, la importancia, la transcendencia de aquellas y la realidad maravillosa del espíritu que en ellas presidía, como al congregarse en la mañana del día 9 de Septiembre bajo las bóvedas augustas del templo Cate-

dral. Compréndese con facilidad que agitada, estimulada, inquieta, anhelante de nuevas y poderosas emociones la inmensa muchedumbre que discurría por plazas y por calles, por los paseos y por los edificios, se aprestase con algunas horas de anticipación á presentiar los diversos actos de justa y merecida novedad que se habían anunciado en el programa. Compréndese muy bien que puestos en movimiento, los unos por imperioso deber; los otros por legítima y loable curiosidad; aquéllos por su propio honor y no menor interés social; éstos por afición y delicadeza; los de dentro para dar ejemplo y legitimar su noble orgullo; los de fuera para ofrecer un testimonio de cortesía y sincera gratitud, y llevados todos, seducidos, arrastrados y dominados por ese misterioso vértigo que se apodera de las masas populares al hacer pública ostentación de su fe, de su amor patrio y de sus nobles virtudes, se comprende muy bien, decimos, que en la Plaza del Instituto como en el *Postó*; en la Alameda como en el *Crucero*; en el *Coliseo* como en el *Liceo Recreo Orensano*, afluyese, atraída por tantas bellezas y encantos, sino toda, la mayor parte de aquella avalancha de seres humanos que,

como oleadas de mar embravecido, se agitaba, ebria de gozo y de entusiasmo, en las calles y afueras de la ciudad orensana. (1) La causa era eficiente; el efecto naturalísimo. Desde la tarde del día 7 hasta el día 12 inclusive, el pueblo de Orense se propuso hacer alarde de su viril energía, de su fecunda y prodigiosa actividad; y dando de mano, aun á costa de grandes sacrificios, á todo cuanto podía interrumpir el orden de festejos, previamente acordado y anunciado, llegó á tener constantemente en plácida y entusiasta espectación al numeroso público que le honraba con su presencia. ¿Qué mejor y más potente aguijón podía haber escogitado para obtener un éxito cumplido, que halagar y favorecer con no interrumpidas é interesantes concepciones las mas nimias exigencias del buen gusto y de la elegancia en armonía con el apetito desmesurado de una perenne y siempre variada distracción? Las iluminaciones, los certámenes, los concursos, los fuegos artificiales, la permanente ascensión de globos, los orfeones, las bandas de músi-

(1) Se ha calculado que pasaban de diez mil los forasteros que concurrieron á las fiestas. Nosotros no respondemos de la exactitud de esta cifra.

ca, después de haberse verificado con notable solemnidad el descubrimiento de la hermosa y expresiva estatua de Feijóo y la colocación de las dos lápidas de honor en las casas donde murieron D. Juan Antonio Saco y Arce, autor de la *Gramática gallega*, y D. José María Mosquera, distinguido humanista y poeta, todo esto preparado y realizado con maravilloso concierto, con seductora belleza, con fascinadora magnificencia y con un orden armónico y sublime que hacía recordar los días y las obras de la creación con sus portentosas galas, ¿no era motivo suficiente para que la inquieta y bulliciosa muchedumbre, cual agíl y trepadora cervatilla acosada por la sed, se lanzase súbitamente con el placer en el alma y la satisfacción en el rostro, á beber y saciarse en aquel copioso y límpido manantial de notabilidades artísticas, de combinaciones industriales, de manifestaciones científicas, de pugilatos de honor, de legítimas ambiciones de gloria y de aquella rica y esplendente ostentación de novedades y maravillas puestas ante los ojos y fácil comprensión de los espectadores? Se ha dicho, y es verdad, que los ojos, bien así como el corazón del hom-

bre, son como un mar sin fondo; y cuando se trata de darles recreo con el ofrecimiento y perspectiva de no admiradas bellezas ó desconocidos encantos; cuando se pretende que á cambio de placenteras originalidades ó de fenómenos extraños se olviden los motivos de duelo, las horas del sufrimiento, los estragos del dolor que tantas víctimas causan en la humanidad, tornándolos por un medio asaz misterioso en motivos, horas y frutos de dulce regocijo, de verdadero gozo, de pura y férvida alegría... entonces las musas populares han sido y serán siempre lo mismo... ¡insaciables en sus deseos! que en ese tan llano y cómodo camino no andan, sino corren, vuelan, se precipitan y llegan en vertiginosa revolución hasta el último límite de las suposiciones más gratuitas y exageradas. Nosotros mismos hemos visto, no con extrañeza, pero sirviéndonos de profundas reflexiones, que á las nueve de la noche del día 10, en que por vez segunda lucía sus primores la magnífica y esplendorosa iluminación del *Posío*, miéntas que por más de dos horas iban á cuajar el espacio de vivísimos colores los más caprichosos fuegos pirotécnicos, cruzaba las calles, en dirección al citado paseo,

un infeliz artesano, paralítico de años atrás, quién había conseguido ser colocado menos mal en una silla y conducido por dos parientes ó amigos suyos hasta tomar posición como los demás en la renombrada velada. Allí permaneció abismado tres largas horas... ¡quién sabe si olvidado completamente de su tristísima y penosa enfermedad y lanzando de vez en cuando un grito de admiración y de entusiasmo en oposicion á los ayes de dolor y de angustia que exhalará seguramente en el pobre y humilde lecho donde está prostrado! Y no ha sido ni será otra la historia de la humanidad. Allí donde existan ó se prometan potentes y nuevos incentivos á las diversiones y á los recreos y se consiga herir esa fibra especial que hay en el hombre, destinada á procurarle sensaciones de placer, emociones de alegría, enérgicas impresiones, pero gratas, en los sentidos corporales, allí aparecerán los pueblos y se reunirán las gentes y se precipitarán las unas tras las otras hasta formar esa aglomeración y conjunto de alegres y entusiastas admiradores, que se han considerado siempre y se consideran ahora como la *crema* de la humanidad festiva. ¿Qué tiene, pues,

de particular, que en todos y en cada uno de los actos de aquel grandioso y memorable festival se presentase unida, compacta, imponente la multitud que en aquellos días contenía la ciudad de Orense? ¿No es de fácil demostración, no es sencilla, obvia y natural, y al propio tiempo razonada y legítima la explicación que damos á ese efecto, para nosotros constante y universal en todos los pueblos, en todas las edades, en todos los países? Pero ¿cómo podremos explicar el espectáculo extraordinario, soberanamente sublime, totalmente portentoso que esa misma multitud, ese mismo pueblo, esa indefinida masa de seres humanos, entregada más que nunca á la influencia mágica y seductora de halagüeños placeres y lisonjeras alegrías, ofreció con inequívocas demostraciones de recogimiento, de severa y augusta majestad en la patética ceremonia que se celebró en la Santa Iglesia Catedral? Permítanos el lector amable que para satisfacer su justa curiosidad dejemos á un lado insulsa palabrería, vaguedades ridículas, hipótesis aventuradas, teorías inciertas, y que demos al olvido, en gracia de lo mucho que nos ha enseñado el pueblo de Orense

con sus memorables fiestas, esas peregrinas y *profundas* investigaciones psicológicas que ha emprendido cierta y determinada *filosofía* para darnos cuenta de las evoluciones y movimientos de la humanidad. Los hechos, espontanea y libremente practicados por los pueblos, no se destruyen con especulaciones más ó menos conjeturales, más ó menos atrevidas. Ellos forman la realidad de la vida; son el espejo claro y terso del sentimiento, donde se presentan, como son los íntimos secretos que se guardan en el corazón humano; pero que por continuas y diversas manifestaciones trascienden á la vida social y dejan ver la realidad de un mundo verdadero, no fantástico, ideal, utópico ni *evolutivo*. Sería el colmo de la degradación humana querer hacer de la hipocresía una ley física y natural del hombre, ó pretender que los pueblos han vivido en un carnaval de sesenta siglos. Sea lo que fuere para el *libre pensador*, esa pobre y desvalida humanidad, tan traída y llevada de un lado para otro y tendida siempre sobre la camilla de los muertos con el fin de practicar en ella la más rígida y escrupulosa autopsia, el hecho indiscutible

que nos ofrece en pleno siglo XIX, al igual del que sin interrupción ha presentado desde hace seis mil años, es que los pueblos han vivido siempre con fe religiosa, más ó menos intensa, más ó menos perfecta, más ó menos adecuada y próxima á la verdad realísima. Reconocido y admitido el hecho, porque es de todo punto evidente, incontrovertible é inalterable, lo único que nos queda para tratar con acierto los movimientos y *evoluciones* de la humanidad en el orden religioso, (1) es averiguar y conocer si los pueblos que han recibido la luz del Evangelio, se mueven y *evolucianan* con más grandeza y perfección social por y con la fe en Jesucristo, centro y resumen de toda verdad, de toda ciencia, de toda sabiduría, según se ha expresado en aquellos versos:

*«Si Jesum noscis, satis est, si caetera nescis;
Si Jesum nescis, nihil est, si caetera noscis;»*

ó es más perfecta y provechosa para esos mismos pueblos una *evolución* hacia la fe en el *Budhismo*, en el *Bracmanismo*, en el *Politeismo*, en el *Mahometismo* y en el

(1) Decimos en el *orden religioso*, pero tomándolo como base y fundamento de todo el orden social.

Protestantismo, (1) ó hacia otra religión cualquiera que no sea la católica. ¿No está bien presentada la disyuntiva? Pues nosotros nos conformamos con la *evolución* hacia la primera; quédese para los *libre pensadores*, si así les place, la *evolución* hacia la segunda, notable movimiento de *avance* hacia la corrupción y degradación pagana, *sublime* ideal, á lo que parece, del materialismo y sensualismo pornográfico que hoy se preconiza. Para honra y ventura de la humanidad, no hay medio de hacer creer á los pueblos que el *libre pensamiento* sea la panacea con que se curen las dolencias y enfermedades sociales, ni que añada un átomo más de grandeza, de bienestar y de prosperidad á la que hoy tienen los hombres; por el contrario se ha despertado en los pueblos, aleccionados sin duda por *algo* que no viene del hombre, el particular deseo de protestar, siempre que la ocasión lo permita, contra todos los ensueños y delirios y aberraciones y absurdos de

(1) No hacemos mérito del Materialismo, del Racionalismo y sus afines, porque, como es sabido, estos sistemas rechazan toda religión positiva, y, por lo tanto, toda fe. Si, pues, son lógicos, tendrán que admitir el error universal.

los sistemas, mal llamados *filosóficos*, que tienden á constituir pueblos civilizados y naciones cultas, pero sin fe, sin religión, sin Dios. Orense, una de las ciudades más hermosas y pacíficas de Galicia, que nunca como ahora ha llevado á tanta altura el desarrollo y perfeccionamiento de su vida moral y material; que nunca como ahora puede blasonar con justicia de ilustrada, de culta, de científica y de *filosófica*, en el buen sentido de la palabra; Orense ha querido demostrar en la mañana del día 3 de Septiembre que la fe en Jesucristo, ese don inefable y divino, con el que, según la bella frase de un Padre de la Iglesia (1) el espíritu humano se engrandece, se eleva, se sublima y *alcanza las cosas inaccesibles, descubre lo desconocido, abraza la inmensidad, vive con lo pasado, se apodera del porvenir y encierra la misma eternidad en su seno*; esa fe, decimos, es el mejor título de verdadera solidez sobre que descansa la justa fama, el renombre merecido, la inmortalidad gloriosa del hombre sabio. Destruid sino, si á tanto llega vuestro poder, la fuerza incon-

(1) S. Bern., Ser. XXXVI in *Cant.*

trastable de este hecho libre, espontaneo, esencialmente popular y elocuente. Una muchedumbre inmensa de todas condiciones y clases, que tras dos noches de casi entera vigilia, hállase en la mañana del día tercero poderosamente solicitada por nuevos é irresistibles incentivos de placer, por fantásticos y seductores ensueños de alegría, de felicidad y de ventura: una muchedumbre inmensa, que al reunirse y agruparse en las plazas y calles de una ciudad, busca y encuentra á cada paso objetos de dulce y apetitoso divertimento; reuniones de grandezas artísticas y científicas; monumentos y combinaciones de ingenioso y elevado gusto; paseos, edificios y salones decorados y embellecidos con peregrina elegancia y ofrecidos á la vista con la más fina galantería, con la amabilidad más exquisita, con un exceso tal vez de caballerosa delicadeza que da motivo para la observación más minuciosa, para la confianza más completa y absoluta; una muchedumbre, en fin, que, placentera, alegre, bulliciosa, sólo piensa en pisar un campo matizado de flores y sólo quiere aspirar el delicado perfume de infantiles alegrías, y sólo anhela embriagarse, aletargarse en contí-

nuas libaciones de gozo, de entusiasmo, de gloria... esta muchedumbre oye como atónita el eco fúnebre de una campana, y recogida, silenciosa, reflexiva, modesta y tranquila, entra como un torrente desbordado por las puertas del templo catedral y se postra humilde, aunque anhelante, de santas y místicas emociones, ante la suprema majestad de su Dios. ¿Quién la ha llevado allí? ¿Qué es lo que va buscando ese aluvión de vivientes humanos, conjunto abigarrado de colores sociales que cubre todo el pavimento del majestuoso y severo templo? ¿Quién desde las tempranas horas de la mañana y en un momento, al parecer tan inoportuno, ha reunido bajo las bóvedas de esa imponente y sagrada mansión á tantos esclarecidos sacerdotes; á tantas eminencias científicas; á tantos literatos, poetas y escritores de justa y grande celebridad; á tantos ilustrados juriconsultos; cultos propietarios; ricos comerciantes; honrados y distinguidos artistas; notables y elegantes damas; jóvenes de todas clases y condiciones, y hasta humildes y fervorosos labriegos y criados de servicio? ¿Serán todos fanáticos? ¿Serán todos ignorantes? Originarios de distintos pueblos y pro-

vincias, ¿se habrían concertado todos para lanzar en medio del mundo un grito de vil superchería? ¡Ah! no arrojemos, por piedad, sobre la pura frente de ese público, que nunca se ostentó más radiante de ilustración, de imparcialidad y de justicia como al colocar la corona de la inmortalidad sobre las sienes de un verdadero sabio, porque fué cristiano verdadero; no, no arrojemos esa nota de infamia que rebota y cae de lleno sobre el espíritu fementido y obcecado que la forma. Antes de arrastrarse por el lodo de un interés egoísta, de una soberbia inconcebible ó de un refinado maquiavelismo, dése paso á la luz de la verdad y exclamemos con el poeta: (1)

¡Oh, Religión! Tu abrigas en tu seno
El tierno amor, la caridad divina
Que Jesús Nazareno
Al Orbe predicó con su doctrina:

.....

.....

¡Qué inmenso es tu poder! Tus campeones
Al defenderte con constancia fiera,
Saben morir besando tu bandera
O luchar y vencer como leones.

Hela ahí; palpitando está en estos hermosos versos la causa eficiente del espectáculo

(1) Remigio Caula.

sublime que ofreció Orense en el templo catedral. Si en los diversos actos, que llamaremos profanos, organizados y celebrados para eterna memoria del ilustre monje benedictino, la muchedumbre había buscado al sabio, según el mundo, en la Iglesia le busca como al sabio, según Dios; si en los certámenes y en los demás festejos recuerda entusiasmada la ciencia terrestre, esa ciencia razonada y justa y honrosa y laudable que ennoblece al entendimiento, pero al fin ciencia humana y de la tierra, en las honras fúnebres admira la grandeza de la ciencia celestial, de la ciencia basada, desarrollada y empapada en la fe de Jesucristo; si por las calles y por las plazas vitorea y aclama al P. M. Feijóo como adalid y campeón de la sólida sabiduría del hombre puramente científico, en el templo quiere embeberse en la sabiduría del cielo, en la sabiduría del hombre creyente, en esa hermosa, dulce y divina sabiduría *«que tiene por adorno el pudor; por sello distintivo la paz; por carácter la modestia y la mansedumbre; por defensa el candor y la sinceridad, y que impaciente por ser útil á otros, después de santificarse á sí misma, se difunde exterior-*

mente por los dulcísimos impulsos de la caridad, edificando con sus virtudes. (1) Reconozcámoslo sin temor y con noble y santa emulación. Orense, población eminentemente católica, subordinó sus admirables y pomposos festejos á la integridad y pureza del espíritu cristiano, magníficamente reflejado en la función fúnebre que tuvo lugar en la Santa Iglesia Catedral. Verdaderamente que para conciliar la elevación del genio y la ternura de la devoción; la extensión de los conocimientos humanos y la sencillez de la fe; la ciencia que envanece y la caridad que edifica; la sublimidad del saber y la humildad del corazón; la portentosa luz de la sabiduría y la oscuridad de un monje que muere en un claustro, cual el pueblo de Orense deseaba ver con ardoroso anhelo en el P. M. Feijoó; sí, para esto, bien podemos decirlo, era indispensable un hombre excepcional, un talento de primer orden, otro sabio creyente, otro ingenio esclarecido que, como el autor del *Teatro crítico, alcanzara plácida y eterna memoria y dejase huellas indelebles de luz á los que han de venir des-*

(1) Jac. III, v. 16.

pués de él. ¿Contaba aquella afortunada población con este hombre tan modesto como eminente? Tal vez por ello aquella muchedumbre dió tregua á todos los recreos y diversiones, y el vehementísimo anhelo de escuchar los primores, las bellezas y las altas maravillas de la fe cristiana en sus relaciones y armonías con la ciencia, trabajo, mejor dicho, empresa noble, pero difícil, encomendada al ilustrado Catedrático del Instituto provincial de la misma ciudad, Doctor D. Marcelo Macías, fué la causa secundaria de aquel severo, imponente y memorable acto.

The first part of the document is a list of names and titles, including the names of the authors and the titles of their works. The names are arranged in a specific order, and the titles are written in a formal, serif font. The list is followed by a section of text that appears to be a preface or an introduction, written in a similar formal style. The text is dense and contains many words that are difficult to read due to the low resolution of the scan. The overall appearance is that of a historical document, possibly a book or a manuscript, with a focus on names and titles.

III

Dispéñenos el benévolo lector si nos hemos extendido más de lo justo en el juicio ó apreciación que nos ha merecido el acontecimiento religioso verificado en la Santa Iglesia Catedral de la culta Orense en la mañana del día 9 de Septiembre, el cual acontecimiento podrá ser considerado tal vez por algunos espíritus superficiales como rutinario, vulgar y común, sino lo elevan á la categoría de vano, ridículo y censurable; pero que á la luz de la historia y ante los fueros de la verdad, siempre aparecerá como vivo y elocuente testimonio de la fe de un pueblo

que, émulo de antiguas y venerandas grandezas, quiere ocupar un puesto de honor entre los pueblos más ilustrados, porque es de los más ardientemente católicos. Confesamos con ingenuidad, que ni nuestro propósito, ni el carácter y objeto que demanda este escrito, ni la misma importancia del acto, nos hubieran llevado tan lejos á no encontrarnos irresistiblemente dominados por dos sentimientos asaz vehementes y puros: por el sentimiento de profunda gratitud y por el sentimiento noble y dulce de inquebrantable amistad. ¡Y es de tan estricta justicia pagar esas deudas que contrae el corazón humano!

Por una disposición de esa altísima é infinita sabiduría que (1) *alcanza de fin á fin con fortaleza y todo lo dispone con suavidad*, nosotros, sin mérito alguno por nuestra parte, fuimos objeto de grandes atenciones por los dignísimos Capitulares de aquel bondadoso Cabildo catedral, y merced á su reconocida cortesía y excesiva amabilidad, llegamos á ocupar indignamente una de las más distinguidas sillas del coro en aquellas horas de indefinible consuelo, de incomparables y

(1) Sap. VIII, 1.

plácidas dulzuras. Allí, rebosando el espíritu en esas fruiciones místicas y arrebatadoras que siente el alma cristiana, sin que le sea dable explicarlas, ni mucho menos trasladarlas al papel, apareció á nuestros ojos, tan grande y hermosa como es, la fe sólida y verdadera de un pueblo. Ni un vapor sutil que disipara los espléndidos y purísimos rayos de aquel sol de luz y de verdad; ni la más ligera ó transparente nube que empañara aquel cielo de majestad y de gloria; ni una frágil florecilla que apareciese marchita en aquel campo de lozanas y fragantes rosas de piedad y de devoción; ni aun siquiera la belleza profana, tan pródiga en nuestros días de audaces exhibiciones y tan ansiosa de miradas liberticidas, se presentó allí para desnaturalizar ó corromper la immaculada pulcritud de aquella santa plegaria. ¡Ah! no. Ella se consumó, rica de fruto y exuberante de mérito, por la oblación sacratísima de la Víctima divina, y poco después, cuando un pueblo inmenso, en sublime silencio y recogimiento sublime, derramaba su alma en presencia de su Dios, *apresuróse un hombre á interceder por el pueblo, echando mano del escudo de su ministerio, y presentando ora-*

ción y ruego, contrastó á la ira y puso fin á la necesidad, mostrando que era siervo del Señor. (1)

Y ese hombre, objeto de espectación universal en uno de los momentos más grandes y solemnes que ha tenido y tal vez tendrá la ciudad de Orense en el presente siglo; ese hombre, elegido con notable acierto para presentar, desde la Cátedra del Espíritu Santo, donde ni cabe la adulación ni se transige con la mentira, la vida, y más que la vida, el corazón y el alma, derramados en sus escritos, del eminente y renombrado monje Benedictino R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo; ese hombre, decimos, fué el ilustrado y bien conocido Catedrático de Retórica y Poética del Instituto provincial de la misma ciudad orensana, Dr. D. Marcelo Macías, sabio y elocuente orador católico, digno ministro de Jesucristo. A él se había encomendado la obra más grande, la más importante, la más gloriosa, pero por lo mismo la más difícil también, de aunar en un todo armónico, dulce, inmortal y eterno, las distintas y casi infinitas aspiraciones de

(1) Sap. XVIII; v. 21.

una multitud que busca, como la enamorada Esposa del libro de los Cantares, *al que ama su alma, y que asida á él no lo dejará hasta que lo meta en la casa de su madre y en la cámara de la que lo engendró* (1), es decir, hasta que llene su espíritu creyente con el ambar de una fe y de una doctrina, de una ciencia y de una sabiduría que tenga por cimiento, desarrollo y término, la ciencia soberana de la Cruz, á la que tantos y tan valiosos auxilios prestó el clarísimo y elevado ingenio del P. Feijoó, uno de los hijos más ilustres que ha tenido en nuestra España en el siglo anterior la Iglesia católica, apostólica, romana.

Creemos firmemente, porque recogimos el voto de todo aquel pueblo católico, que la *Ora-ción* pronunciada por el esclarecido y justamente alabado Catedrático del Instituto, satisfizo cumplidamente los vehementes deseos de todos cuantos tuvieron la dicha de escucharla; pero sobre esta creencia hay otra de un orden más elevado, de la que no hemos querido prescindir, y es la de que es necesario llevar en alas de la publicidad, como

(1) Cant. III, 4.

hoy se dice, el acento potente, enérgico, sobrehumano de la verdadera y sólida sabiduría hasta los centros y extremidades de ese mundo infatuado, loco, dementado, mundo entregado totalmente á frivolidades del peor gusto, que pretende, con hinchada garrulería, disputar el homenaje que los verdaderos sabios rinden gustosos y complacidos, humildes y fervorosos, á la ciencia suprema de Dios. Creemos, sí, que la *Oración fúnebre* predicada por el Sr. Macías desde el púlpito de la Santa Iglesia Catedral de Orense, más que una *Oración* puede y debe llamarse un grandioso y admirable monumento de la ciencia católica, cariñosamente hermanada con la ciencia de la tierra, monumento de *Literatura*, monumento de *Oratoria sagrada*, monumento de sana y elevada *crítica*, monumento, en fin, de vasta y sublime Sabiduría, digno por todos conceptos de ser conocido, imitado y poseído por cuantos, amantes de las glorias de su patria, quieran, sin bastardas envidias ó reprensibles inmodestias, rendir el debido tributo al verdadero mérito y recoger el fruto saludable de la enseñanza noble y generosa. Con este fin se ha convenido, previo el permiso del autor, en

dar á luz tan importante y hermoso Discurso, y por un exceso de vana temeridad, aun á trueque de oscurecer las bellezas que contiene, hemos querido, por el honor que de ello nos resulta, escribir algunas páginas como PRÓLOGO al pequeño libro, pero grande en interés religioso y social, que se edita por el ilustrado jefe del Archivo general de Galicia, laureado escritor y propagandista infatigable de las grandezas de esta región, D. Andrés Martínez Salazar.

Pero antes de presentar á nuestros lectores, colocado en la Sagrada Cátedra, al tan eminente como sencillo y modesto sacerdote Sr. Macías, ¿por qué no nos había de ser lícito dar un testimonio público de nuestro ardiente reconocimiento á la ilustrada corporación capitular de la Santa Iglesia Catedral por la honra inmerecida que nos dispensó, y un voto de rendidas gracias, en nombre de la ciencia cristiana, por haber encomendado la *Oración fúnebre* al esclarecido compañero, al sabio profesor con que tanto se enorgullece y se entusiasma la ciudad de Orense? ¿Por qué no habíamos de sacar á la luz pública el sentimiento sublime, ardoroso, vehementísimo de santa y pura fe

que se guarda en el corazón de todos y cada uno de los hijos de aquella envidiada ciudad galáica, si á ello, tanto como la justa emulación, nos impulsa un grato y perentorio deber?

Nos sentimos como devorados por una sed insaciable de obras católicas, de sanas doctrinas, de sentimientos honestos y piadosos, de manifestaciones sinceras de honor y de virtud; y allí donde las descubramos, creemos hacer un bien, á nuestra patria primero y después á la humanidad, presentando ante sus ojos esos hermosos y limpios modelos donde, si vaciarse pudieran los pueblos, se hallaría el rico venero de la sabiduría verdadera. Hemos, pues, satisfecho una de las aspiraciones de nuestra alma, sin tomar en cuenta las reglas del arte; pero si al discreto lector no le pareciese correcta nuestra conducta, tenga por no escrito lo anterior, y cíñase á leer lo que en sentido riguroso se podrá llamar PRÓLOGO, y es lo que sigue:

En pocas épocas como en la presente se hallará tanta dificultad para presentar un verdadero modelo de oratoria sagrada; y esto,

porque á pesar de la triste y bien reconocida decadencia que en todo el siglo pasado y en parte del actual sufrió la elocuencia del púlpito, especialmente en Francia y en Italia, hay, sin embargo, en nuestra España una multitud de buenos oradores católicos, que conservando, en cuanto ha sido posible, la pureza y fidelidad en los trabajos, son hoy, como han sido siempre, justamente celebrados y encomiados. Para fortuna de esta grande y católica patria nuestra, nunca dominó en ella la escuela fatal de los *Sexcentistas* (1) italianos, ni hubo motivo para lanzar el justo reproche que contra los predicadores franceses arrojó el abate Maury cuando decía: «No predicareis mas que una moral vaga ó puramente humana, y no dareis jamás á vuestro estilo la precisión y energía propia para tratar los misterios, hasta que no hayais adquirido en la escuela de los Padres esa seguridad de principios, esa claridad de enseñanza de que han sido los órganos y los modelos.» (2) Pue-

(1) Se dió este malsonante epíteto á los oradores de mal gusto, que, entregados únicamente á la literatura y olvidando la doctrina, vivieron en el período de 1600 á 1700 años.

(2) *Ensayo sobre la Elocuencia del púlpito*. Cap. 70

de decirse con seguridad que los oradores españoles han atendido siempre con más esmero y cuidado á la integridad y solidez de la doctrina que al mecanismo del arte, siendo esta la causa para que la elocuencia sagrada en España se resienta de cierta rigidez árida y escrupulosa, ó de lo que pudiéramos llamar severo *dogmatismo*, con lo cual aparecerían los discursos sagrados escasos de fluidez y de elegancia, á no contar con una lengua tan rica, tan llena, tan fecunda y sonora como es la lengua castellana. Hay que reconocerlo; en España la oratoria sagrada ha sido en todos tiempos correcta, grave, majestuosa, llena del espíritu de los Padres y de las tradiciones apostólicas, y defensora constante de la conexión, del enlace íntimo que existe entre el dogma y la moral; entre los grandes y elevados misterios de la Religión y las consecuencias prácticas que para la conducta cristiana se derivan de ellos. A esto quizá es debido que hasta los más celebrados oradores franceses hayan sentido cierta provechosa emulación para pedir y tomar aquellas resoluciones de tanto interés para el púlpito de la nación vecina, resoluciones que sintetizó el inmortal

Bossuet en su precioso sermón sobre «*La unidad de la Iglesia,*» cuando dijo: «Se quiere moral en los sermones y con razón, puesto que se entiende que la moral cristiana está fundada sobre los misterios del cristianismo.» Los oradores españoles nunca olvidaron este ineludible deber; pero tambien es indispensable reconocer que nunca se hallaron en las condiciones en que por una serie de causas y concausas se vieron el clero y pueblo francés, y aun el italiano. En España existía la unidad católica y la fe de los pueblos era sencilla, pero firme, sólida, inquebrantable, y de aquí que no había necesidad de llevar á la cátedra sagrada otras enseñanzas que las puramente dogmáticas y morales. Mas, bien sabido es, que en Francia, principalmente, y más tarde en Italia, se presentó el *filosofismo* con todo el aparato de un enemigo pertrechado y aguerrido, que no solamente tiende á defender palmo á palmo el terreno en que domina, sino que, á fuer de aventurero audaz y con fortuna, llega á presentar la batalla y á celebrar, siquiera fuese engañosamente, la victoria sobre el catolicismo. ¿Qué tiene de extraño que al verse tan brus-

camente acometidos los oradores católicos, intentasen un esfuerzo y se pusieran en la misma brecha que por asalto había tomado el enemigo? Si la escuela de Port-Royal, siguiendo en parte las huellas del Oratorio, llegó á conservar en algo el espíritu de la elocuencia sagrada, fué debido al fin concreto y determinado que se propuso, la fomentación del cisma, para lo cual nada le podía favorecer tanto como el cultivo de las antigüedades eclesiásticas. Por lo demás, ¿quién nos dice que si en España hubieran encontrado las escuelas filosóficas el mismo apoyo y hubieran recibido el mismo incremento que en Francia, los oradores españoles no hubieran hecho lo mismo que hicieron los oradores franceses? Verdad es que el carácter español, más apegado á sus gloriosas tradiciones y más constante en sus creencias y nobles empresas, hubiera resistido también con más bríos la influencia de los enciclopedistas, y se hubiera seguramente preservado, como lo está demostrando en la actualidad, del género romántico, que allá por los años de 1830 quiso invadir la oratoria sagrada. Pero estamos en el último tercio del siglo XIX, y lo que no había ocurrido hasta

ahora en esta afortunada España, está sucediendo en nuestros días, sin que sea nuestro propósito denunciar aquí las causas que han influido para que la predicación en el púlpito tome un nuevo giro, pero sin alterar la sustancialidad de su elevado ministerio. No seremos seguramente nosotros los que abogemos por el cultivo de esa oratoria, que consiste en pronunciar *disertaciones racionales*, salpicadas con algunos textos bíblicos, ni llegaremos jamás á recomendar el oficio de un orador francés que creía necesario *quemar algún incienso en las aras del filosofismo, antes de atreverse á formular las apreciaciones de una justa crítica*. No; nosotros queremos la oratoria esencialmente doctrinal y católica, y con esto dicho se está, que para obtenerla, es indispensable beber en las purísimas fuentes de las Sagradas Escrituras, de los Santos Padres, de las tradiciones y enseñanzas de la Iglesia y de todo lo que, como arroyo abundantísimo, brota de ese inagotable depósito. Pero sería una gravísima falta desatender por completo el campo donde hoy se encuentra como atrincherado el *filosofismo*, que tanto se está propagando por esta nación, y

nos parece que ha llegado el momento oportuno en que prestemos atento oído á la saludable advertencia que nos hizo el Apóstol cuando dijo: *Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam.* (1) Creemos, además, que si de algo se resiente la elocuencia del púlpito en nuestra patria, es de la falta de conocimientos filosóficos fundamentales, especialmente de aquellos que más relación tienen con las ciencias naturales, las que, como es harto notorio, cultivan con esmerado empeño el racionalismo y la incredulidad, para encontrar en ellas nuevas armas con que combatir los misterios y verdades de la religión católica. Si hubo un tiempo en que, por las favorables condiciones en que se encontraba España, podía parecer hasta peligroso llevar algunas cuestiones á la Cátedra Sagrada y resolverlas con el auxilio de la Filosofía, á fin de evitar que *no pudiendo santificarse la filosofía, se secularizase la religión*, hoy, que por causas enteramente opuestas, se halla nuestra patria bajo el dominio de las nacientes escuelas filosóficas, creemos de todo punto conveniente,

(1) Coloss. Cap. II, v. 18.

y en cierto modo necesario, que sin separar jamás la oratoria sagrada de su verdadero centro, que es el estudio y aplicación de la Sagrada Escritura á la luz de la tradición y de los Santos Padres, reciba la elocuencia del púlpito cierta ampliación propia, nacional y adecuada á la época en que vivimos y á las circunstancias en que nos encontramos. Así lo han entendido y lo están practicando oradores eminentes, (1) á los que, por su elevación de conocimientos y bellezas de estilo, se les considera como dignos maestros de la oratoria contemporánea, nobilísimo y bien merecido título que les ha otorgado la generación presente. No hay que perder de vista que las necesidades espirituales de los pueblos varían en las épocas y aún en los siglos, y así como sería ridículo predicar sobre *la consubstancialidad del Verbo divino*, como si la España fuese arriana, así será perjudicialísimo desentenderse de las cuestiones filosóficas, hoy que la España está totalmente entregada á la influencia de una corrompida Filosofía. El

(1) Pueden citarse los RR. PP. Cámara, Fonseca y el Excmo. Sr. Arzobispo de Valladolid, y casi todos los PP. de la Compañía de Jesús.

fervoroso deseo del actual Sumo Pontífice León XIII, que tiende á restaurar la enseñanza según el espíritu de Santo Tomás, tal vez tenga por origen la convicción íntima en que se halla, de que para hacer frente á los errores del presente siglo, es indispensable el cultivo y recta aplicación de la Filosofía cristiana. Mas como quiera que para conseguir un feliz resultado, hay que empezar por solidificar bien el edificio, hoy más que nunca es necesario que en la Cátedra del Espíritu Santo aparezcan los discursos perfectamente ajustados á una sana y verdadera literatura, ya que la más importante de las Filosofías es la filosofía de la lengua en que se habla y predica. Y sobre este punto quisiéramos poder decir cuanto sentimos; pero razones de alta prudencia nos lo vedan en la ocasión presente. Manifestaremos, sin embargo, rindiendo culto á la justicia, que tanto como se ha ennoblecido la oratoria sagrada en España por la solidez y profundidad de doctrina, tanto ha decaído en sus formas y bellezas literarias. Parece increíble que donde se habla la rica, hermosa y fecundísima lengua de Cervantes, se presenten discursos y sermones que, por la hinchazón

ó ampulosidad, ó por las impropiedades y defectos literarios, mas parezcan inertos en lengua francesa que productos del suelo patrio. En rigor de verdad, después de nuestro siglo de oro, la literatura española en general ha sufrido, como ninguna, una fatal y tristísima decadencia; y es natural que lo que forma una plaga social había de acometer también, en parte ó en todo, á la elocuencia del púlpito. Por esta razón, cuando por rarísima casualidad llega á nuestros oídos ó se pone en nuestras manos un discurso, sobre todo si es sagrado, en donde se advierte una especie de resurrección á la buena y saludable literatura, quisiéramos multiplicarlo hasta que los niños de la escuela lo tuviesen y aprendiesen de memoria.

Aunque no fuera mas que por esta consideración, el discurso que en la Santa Iglesia Catedral de Orense, y con motivo de las honras fúnebres celebradas en honor del R. P. Feijoó, pronunció el ilustrado Catedrático de *Retórica y Poética*, Dr. D. Marcelo Macías y García, debiera hallarse en todos los puntos y centros de lectura, y en todas las manos de los que sienten, como

nosotros, un noble y entusiasta amor por la literatura patria. Y no queremos decir con esto que la única y más importante belleza de aquella oración sagrada esté en haber llenado los requisitos que reclaman la pureza y propiedad del lenguaje, formando un verdadero monumento literario. Reconocemos que hay mérito real y verdadero en el discurso del Sr. Macías, así considerado, en haber cumplido perfectamente con aquel precepto de Horacio:

*Omne tulit punctum
qui miscuit utile dulci:*

ó lo que es lo mismo, en haber sabido reunir con admirable maestría la belleza y la utilidad moral, ó, si se quiere, el encanto y la solidez, ó verdad y atractivo, que son las dos principales condiciones, quizás las únicas, que constituyen una buena composición literaria. Mas no es esto, sin embargo, lo que nos ha movido á escribir estos renglones; porque además de no ser muy oportuno en estos momentos hacer un análisis crítico de tan hermoso discurso, bajo su aspecto literario, necesitábamos más tiempo y espacio, por lo que preferimos esperar otra ocasión, en la que, si Dios nos concede salud y

fuerzas, publicaremos un trabajo especial en la revista GALICIA, que con tanta benevolencia y amabilidad nos ha ofrecido nuestro querido paisano D. Andrés Martínez Salazar, otro hijo ilustre de la antigua y nobilísima Astúrica que, como el Sr. Macías, están llenando de gloria al pueblo que los vió nacer, al ser objeto de tantas consideraciones y de tanta admiración como hoy les tributa Galicia entera en premio de su ilustración y de sus desvelos por el engrandecimiento y honra de esta hermosa región, parte la más predilecta de España. Y aquí séanos lícito levantar los ojos al cielo y adorar en silencio los inefables arcanos de la divina Providencia, que por tan raros modos ha dispuesto que al pie de este sentido y fervoroso homenaje de gratitud y reconocimiento ofrecido á la ciudad de Orense y á toda la comarca galaica como testimonio de acendrado amor, aparezcan los nombres humildes de ¡tres astorganos!

Mas volviendo á nuestro principal objeto, diremos á nuestros lectores, que, para nosotros, el Discurso del Catedrático del Instituto de Orense ha sido uno de los más acabados modelos de Oratoria sagrada que se

han pronunciado en España de mucho tiempo acá. Para llevar el convencimiento al ánimo más exigente, basta ofrecer la costura del mismo Discurso y el modo correcto y admirable con que procuró y obtuvo su perfecto desarrollo. Y si se ha de apreciar debidamente, menester es manifestar que la situación en que se encontraba el orador era sumamente crítica y excepcional: porque ¿quién ha pronunciado jamás una Oración fúnebre ante un auditorio que rebosa en placer, en alegría, en fervido entusiasmo al oír el nombre del héroe que se honra y se festeja? ¿Quién ha abierto sus labios desde la Cátedra Sagrada en presencia de un lúgubre catafalco, de largos y pavorosos crepones, de imponentes hachones encendidos, y después de los cánticos sublimes, tiernos, sentimentales y patéticos, tan tristes como dolorosos, que la Iglesia consagra en esas ceremonias, que no haya empezado por sentidas y justas exclamaciones de tristeza, de duelo, de dolor y de angustia? Esto, que es lo natural y hasta necesario, hubiera sido gravísimo defecto en aquellas circunstancias, y la previsión del Sr. Macías, con esa mágica intuición que posee el hombre de inge-

nio, no solamente advierte lo que su auditorio desea, sino que fuerte y animoso, como quien está seguro de sí mismo, presenta un magnífico y asaz insinuante exordio que refleja ya la apetecida armonía entre el sentimiento y la pasión; entre la ternura y la alegría; entre la enfermedad y la medicina; entre el dolor y el consuelo, que con tan vivas ansias desea aquella muchedumbre. Sin entregarse á procurar vivas excitaciones, no las esquivo; antes bien, en rasgos primorosos hace fluir á sus labios palabras de dulcísima languidez mística, en que se sumerge el auditorio con el recuerdo de una gloria perdida, que se ha de rescatar en breve. Es de gran efecto en el Sr. Macías la confesión ingenua que hace de sus pocas y débiles fuerzas para desempeñar el importantísimo cargo que se le ha confiado; porque, aunque el pensamiento sea común y general, y es justo que se reconozca la incompetencia del hombre para hablar, como es debido, desde la Cátedra del Espíritu Santo, pocas veces estará más oportunamente empleado que en aquellos momentos de majestuosa é incomparable solemnidad, en que sobre la merecida reputación de tantas

eminencias científicas y literarias como se hallaban en el templo, veíase la fe santa, divina, inmortal de un pueblo que espera en sublime actitud recibir de los labios del hombre la dulce y soberana inspiración de Dios, único y verdadero alimento que puede satisfacer el hambre de las almas creyentes. Así el orador, cual si quisiera desprenderse en aquellos instantes de todo lo terrenal, humano y perecedero que va á concluir en la hediondez del sepulcro, lanza su mirada al través del espacio; ve y admira la refulgente y esplendorosa aureola de la verdadera inmortalidad, y dice con razón: «¡Y yo, el último de los sacerdotes, he de encarecer sus grandes virtudes y merecimientos, tegiendo para sus sienes inmarcesible corona de laurel que avaloren y abriganten las lágrimas de admiración y entusiasmo que asoman á vuestros ojos!» Presentado con esta claridad el objeto de su discurso, el señor Macías ha comprendido de lleno la grande y elevada misión que está desempeñando; porque hay que tomar en cuenta que entre los discursos del *género demostrativo* el más difícil es la Oración fúnebre, y entre las oraciones fúnebres lo es aquella que,

como la del Catedrático del Instituto de Orense, tiene por objeto el elogio, aunque merecido, de un hombre, cuyas virtudes no han recibido sanción alguna por parte de la Iglesia, ni ha brillado en el mundo con dignidades, pompas, honores y condecoraciones de terrenal aprecio. El héroe de esta oración es un monje que muere en el estrecho recinto de una celda; y allí, donde no cabe ni lisonja ni mentira, ¿cómo satisfacer la ansiedad de una multitud que busca tantos y tan nobilísimos títulos para ensalzarlo y encomiarlo? El orador lo ha dicho: **ENCARECERÁ SUS VIRTUDES**, base sólida, firme, segura, inquebrantable, sobre la que puede descansar la fe de un pueblo, y legítima garantía que afirma el voto de admiración y de entusiasmo con que le está honrando. La dificultad mayor, sin embargo, que se le ha presentado al Sr. Macías, es seguramente la de salvar la distancia de más de cien años que separa á su auditorio del día en que falleció su héroe. Para hacerlo, pues, interesante; para presentarlo viviendo en aquel día; para conseguir que el corazón de los fieles palpite, impresionado por esas emociones fuertes, enérgicas, vehementes que se

arrancan del fondo del alma en presencia de los restos humeantes de la persona á la que se ama y cuya pérdida se llora; para dar, en fin, harmónica y necesaria unidad á la grandeza del hombre inmortal, coronado por la multitud, con la' pequeñez y miserias de la vida humana, vivamente reflejadas en aquel lúgubre catafalco que, como sombra de muerte, se destaca ante sus ojos; pero todo esto, para un público que se halla embargado por impresiones casi indomables de placer, de alegría, de gozo y de júbilo... ¡oh! cuantos obstáculos tuvo que vencer! cuantas dificultades que salvar! cuantos escollos tuvo que evitar, y cuantos tropiezos hallaría en cada instante! Sin embargo, el genio potente de ese hombre esclarecido, honra del claustro y de la ciudad de Orense, todo lo encuentra fácil y sencillo; y como si marchara por espacioso y recto camino, acelera el movimiento, avanza con desenvoltura, *no se detiene ni á derecha ni á izquierda*, sino que siempre ágil, siempre firme y resuelto siempre, salva rápidamente, sin zozobras ni desalientos, los riscos y empinadas montañas que intentan estorbarle ó impedirle el paso. La historia de Francia,

en cuyas páginas está grabado un recuerdo que sirve hoy para admirar la elocuencia portentosa del inmortal Bossuet, suministra al Sr. Macías un personaje heróico que, por oposición, tenga parecido con el P. Feijoó, cuyas hazañas de honor y de gloria presentará á su auditorio... ¡y con cuanta belleza y novedad hace resaltar la preciosa antítesis entre uno y otro héroe! Lanzándose después por el campo de nuestra querida patria, buscando la grande y asombrosa figura del P. Feijoó, después de un siglo de fatales desastres, ocurridos con harta desventura para las ciencias y las artes, traza con prodigiosa valentía un cuadro bellissimo del estado floreciente en que se halló España en tiempo de Carlos V y de Felipe II, para hacer más ostensible el contraste que nos ofrece en el siglo XVIII: hermosa y magnífica manera de dar al P. Feijoó un nacimiento providencial, preludio cierto de ulteriores gracias y dones celestiales. Desde este momento, el orador sólo piensa en transmitir á su auditorio el copiosísimo caudal de noticias, detalles, pormenores y diversos accidentes de la vida de su héroe, siendo tan rico, tan abundante, tan inagotable el

depósito que ha formado, que no parece sino que le vió nacer y le acompañó desde la cuna hasta el sepulcro. Pero ¿quién puede apreciar, como es debido, la facilidad maravillosa con que el Sr. Macías, al encontrarse con el joven Feijóo en los umbrales del claustro, hace en breves y elocuentísimos períodos la más pura y notable apología que puede hacerse de las órdenes monásticas? ¿A quién no admira el peregrino y oportuno ligamento que presenta de recuerdos históricos con las virtudes del Religioso benedictino, consiguiendo de este modo derramar sobre sus oyentes esa luz misteriosa de *interna intuición* con que cada uno ve las obras de Dios muy diferentes de las obras de los hombres? En este punto bien puede decirse que el orador es inimitable, porque como si hubiera vivido en aquellos días de gloria unos y de postración los otros; como si hubiera conocido y tratado á todos y cada uno de los personajes que dieron honor ó vilipendio á la madre patria; como si hubiera consagrado la vida de dos siglos al estudio profundo del movimiento intelectual de España, en las dos épocas precisamente de mayor esplendor y de más sensible decadencia que ha

tenido, el Sr. Macías refiere los acontecimientos, los examina, los analiza, los cualifica, los aplica con un acierto, con una sencillez, con una claridad tan luminosa, que el auditorio, sin esfuerzo ni tardanza, queda iluminado de un modo especial; y subyugado por tanta erudición, marcha seguro á colocar en su debido puesto al P. Feijóo, objeto de su amor y de sus obsequios. Este método de dar á conocer las grandes virtudes de un hombre por el recuerdo de otros hombres cuya vida gloriosa se reproduce, digámoslo así, en el héroe que se festeja y elogia, es indudablemente uno de los mejores y que mayores frutos produce; porque no es posible dudar que cada nombre, lleno de honor y de merecimientos, que se pronuncia y retumba por el anchuroso espacio del templo, es como un globo de luz que baña y clarifica la figura veneranda del ser elogiado y lo hace dulcemente ostensible á la mirada de los oyentes. Comprendemos las grandes dificultades que este método presenta, ya que es condición indispensable buscar y pronunciar aquellos nombres que guarden casi perfecta analogía con el personaje que se enaltece, y la de hallarse muy versado en

todas las ciencias, pero muy especialmente en la historia sagrada y profana; pero por esto mismo resalta de un modo tan notable la belleza del Discurso del Sr. Macías que, como hemos dicho, bien puede servir de modelo aún á oradores de reconocida fama. Cumpliendo, como era justo, una de las más bellas reglas que la buena Oratoria señala en la división que debe observarse en las Oraciones fúnebres, el eminente Catedrático de *Retórica y Poética* pasa como inadvertidamente de la parte *demonstrativa* á la parte *vindicativa*, y entonces, como si su espíritu se trasladase todo entero al cuerpo del sabio benedictino; como si hubiera conseguido fundir su alma toda en el alma del hijo de Casdemiro y ofrecerla, tal como fué, grande, noble, heróica, y sobre todo católica ferviente, generosa y humilde, como es la caridad evangélica, desentraña uno por uno y todos juntos los secretos que se guardaron en aquel corazón torturado por las rivalidades y por las envidias, pero nunca desfallecido ni hipócrita. Es de un mérito incalculable la justa y sentida defensa que hace del P. Feijóo contra los que llegaron á motejarle con el infame dictado de *volteriano*, y

seremos nada más que justos si afirmamos que no es posible hacerla mejor ni más cumplida, ni más exacta, ni más adecuada á la capacidad de los oyentes, y otras circunstancias, como en tan breves palabras la ha hecho el aludido crítico y orador elocuente, Sr. Macías.

Y aquí queremos concluir estas ligeras reflexiones, que no tienen otro mérito que el buen deseo de dar á conocer un trabajo tan justo y universalmente aplaudido y digno de figurar entre los monumentos literarios de mayor estima que posea nuestra católica España. Presumimos, y con razón, que no faltará quien nos reproche ó nos juzgue apasionados, valiéndose para ello de la tan conocida reconvención *¿entonces, es una obra perfecta en su género?* Ah! una obra perfecta no sale jamás de las manos del hombre, y ridícula fuera nuestra temeridad si pretendiésemos hacer creer en ello. La Oración fúnebre del Sr. Macías tiene también algún defecto, y nosotros, aunque incipientes, nos atreveríamos á señalarlo, si en ese mismo defecto no encontrásemos uno de sus mayores méritos; la vasta erudición y el buen gusto del orador, de cuyas dos cosas



parece que pretende hacer alarde. De todos modos, rogamos encarecidamente al lector que no tome en cuenta nuestro voto; pero que lea, medite, reflexione, saboree con calma el Discurso del distinguido Catedrático, y él nos dirá después si aventuramos en algo la opinión que dejamos consignada.

Por nuestra parte, enviamos del fondo del alma al que un día vimos jugueteando por los claustros del Seminario asturicense; al que más tarde oyó, modesto y humilde, de nuestros labios, consejos y exhortaciones que le impulsaron á subir á la Cátedra del Espíritu Santo, y al que últimamente recogió nuestras palabras, pronunciadas desde la misma Cátedra sagrada en el momento más solemne de su vida, cuando subió por vez primera al altar á ofrecer el incruento Sacrificio, al hoy notable literato, fecundo poeta, elevado crítico, profundo historiador, Sacerdote intachable, modesto, sencillo, afable, grande y eminente orador católico y Catedrático del Instituto provincial de Orense, le enviamos del fondo del alma nuestros sinceros plácemes, nuestros humildes pero justos elogios. Sabemos ciertamente que Astorga, Orense, Galicia entera, y aun otros puntos

de España, repiten su nombre con noble orgullo, con admiración y respeto; y no sería justo, en verdad, que habiendo tenido la incomparable satisfacción de escuchar su ELOGIO en obsequio de uno de los más grandes ingenios de nuestra patria, temiésemos á los respetos humanos y no dijésemos lo que sentimos. Y pues que á cada lector es lícito juzgar, como le sugieran su ilustración y noble imparcialidad, así como nosotros nos inclinaremos ante el voto de los hombres inteligentes, así deseamos que oigan el nuestro, que resumimos en este pensamiento:

PARA HACER EL DEBIDO ELOGIO DE UN GENIO COMO EL P. FEIJOÓ, FUÉ NECESARIO OTRO GENIO COMO EL DR. D. MARCELO MACÍAS.

No queremos despedirnos sin manifestar una gratisima impresión que aun dura en nuestra alma, después de mes y medio. En el momento, para siempre memorable, en que terminaron las honras fúnebres celebradas por el Ilmo. Cabildo de la Catedral de Orense en honor del R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijoó, salimos de aquel majestuoso templo repitiendo tres nombres que son para nosotros de imperecedero y gratisi-

mo recuerdo: Orense, Astorga y Mondoñedo. Todos tres habían concurrido por modo prodigioso á enaltecer aquella augusta y religiosa ceremonia.—Orense! como ciudad escogida por la Providencia divina para dar al mundo tan grande y edificante espectáculo.—Astorga! como patria del renombrado y esclarecido orador que había de dar tanto honor y gloria con su precioso y elocuentísimo Discurso; y Mondoñedo! porque bajo las bóvedas de aquella Santa Mansión del Dios vivo habían resonado las notas sublimes, inimitables, del *Libera me Domine*, del inmortal Pacheco, maestro de Capilla de esta Santa Iglesia Catedral, lanzadas al viento con incomparable dulzura, con seductora melodía. por el Sr. Martínez Vaamonde, tenor de la Metropolitana de Santiago, hijo de esta misma ciudad.

Puesto que en esas tres ciudades, todas tan fervorosamente católicas, está como repartido nuestro corazón, y á todas tres las amamos entrañablemente, queremos dejar aquí consignados sus nombres para hacer más digno de inmortal grandeza el monumento glorioso que la fe y el amor patrio de un pueblo ha levantado, para honra de Gali-

cia y de toda España, en la plaza del Instituto de la ciudad orensana.

Quisiéramos tener una prenda especial con que responder á la fe ardiente y poderosa de esas tres afortunadas poblaciones; pero, pues que son inútiles nuestros esfuerzos é ineficaces nuestros deseos, reciban, como vivo testimonio de nuestro reconocimiento, esta fervorosa súplica que nos presta un poeta (1) y que de lo íntimo del corazón elevamos al cielo:

¡Dios mío! haz que las flores bendecidas
De esa semilla, nunca en este suelo
Se vean combatidas
Por impío aquilón... ¡oye mi anhelo!
Que en *mis ciudades* (2) vivan siempre unidas
La fe y la Religión, dones del cielo.

Mondoñedo 15 Octubre 1887.

Juan F. Miguez.
Magistral de la S. I. C.

(1) Remigio Caula.

(2) Nos permitimos esta variante por la del original, en gracia de nuestro particular deseo.

ELOGIO DEL P. M. FELJOÓ

*Quasi stella matutina in medio
nebulæ, et quasi luna plena in die-
bus suis lucet, et quasi sol refulgens,
sic ille effulsit in templo Dei.*

ECLISIÁSTICO, cap. I., v. 6 y 7.

ILMO. SEÑOR:

Señores:

Há poco más de una centuria, que en la noble y generosa ciudad de Fruela, murió en el silencio del claustro el profundo crítico, el sabio polígrafo, el insigne benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo, ornamento de Galicia, gloria de España y aun honra y prez de la humanidad entera. Cargado de años, lleno de merecimientos, colmado de distinciones, hundióse en el sepulcro, no como el atleta que al golpe del adversario cae exánime sobre la san-

griente arena, sino como héroe jamás vencido que se tiende sobre sus laureles en el mismo campo de batalla; no como antorcha que se apaga para no irradiar de nuevo sus fulgores, sino como sol que se oculta en las tinieblas del ocaso para levantarse con el alba y escalar radiante de majestad y gloria las sublimidades del cielo. ¿No lo veis? ¿No lo veis? Después de una larga noche de indiferencia, aunque no de olvido, el ilustre polígrafo surge hoy en alas del patriotismo orensano, que orgulloso de tal hijo, rinde entusiasta tributo de admiración á sus virtudes y talentos; perpetúa en el bronce su memoria, y entrega su nombre á la dormida fama, para que le pregone, vocinglera, por todos los ámbitos del mundo.

¡Oh, que hermoso espectáculo! El arte y la ciencia, la toga y la espada, la industria y el comercio, el pueblo que crea, el Estado que protege, la Iglesia que santifica, todos los anhelos, todas las energías, todos los entusiasmos, sin roces que entorpezcan, ni recelos que alarmen, ni suspicacias que envenenen, ni divergencias que esterilicen, ni antagonismos que maten, antes bien, compenetrándose y fundiéndose en una misma aspiración, en un mismo sentimiento, en una misma idea, con-

gréganse bajo las sagradas bóvedas del templo, para enaltecer al humilde monje en cuya frente brillan por igual en admirable consorcio, en suprema síntesis, en magnífica armonía, la aureola de la virtud con que perfumó su celda, y los resplandores del genio con que iluminó á su patria.

Mas ¡qué contraste, señores! Cuando el gran hombre que había llenado con su fama todo un siglo, después de una larga vida de continuo y rudo batallar en pro de la fe y cultura de sus conciudadanos, cierra para siempre sus ojos á la luz del día; cuando el astro, que había disipado las sombras que empañaban el cielo de su patria, se eclipsa y oscurece entre las sombras de la muerte, Oviedo, su ciudad adoptiva, con el suspiro en los labios, el llanto en la mejilla y el desconsuelo en el corazón, cae de hinojos ante la tumba del sabio, lanzando al viento los más lastimeros ayes; y el doctor Francos y Arango, en nombre de la Universidad, y Fr. Benito de Uría, en el del Real Colegio de San Vicente, hacen desde la Cátedra del Espíritu Santo el elogio del finado, cifiendo á su frente primorosa corona de ciprés, esmaltada con las lágrimas de dolor de todo un pueblo: hoy que su memoria, por una es-

pecie de gloriosa resurrección, se levanta del sepulcro para encarnar y perpetuarse en la dureza del bronce, Orense, su verdadera patria, póstrase radiante de alegría ante la estatua del hijo esclarecido, entonando en su loor patrióticas canciones; y yo, ¡yo, señores, el último de los sacerdotes, he de encarecer sus grandes virtudes y merecimientos, tegiendo para sus sienes inmarcesible corona de laurel, que avaloren y abrillanten las lágrimas de admiración y entusiasmo que asoman á vuestros ojos!... ¡Ardua tarea! ¡Dificilísimo empeño! Yo os confieso, señores, que á no contar de antemano con vuestra benevolencia, jamás, jamás hubiera aceptado el honrosísimo encargo que habeis tenido la dignación de confiarme; que no tengo de mi propia suficiencia tan errado juicio, que vaya á presumir de competente para desempeñarle con acierto, cuando oradores más elocuentes vacilarían de seguro ante lo solemne de la ocasión y la grandeza del asunto.

¡Feijoó! ¡Ah! ¡quien me diera explotar el rico venero de sus inmortales obras, para extraer todo el oro que en sus entrañas se encierra! ¡Quien me diera seguir el atrevido vuelo de su genio por el inconmensurable mundo

de la ciencia, para sorprender sus presentimientos é intuiciones! ¡Quien me diera sumergirme en el inmenso piélago de su erudición, para ofreceros las ricas perlas de su saber y doctrina!... Pero ¿qué digo? ¿Es tal vez ésta la ocasión, ni el momento de juzgarle, haciendo pasar á través del prisma de la crítica todas sus producciones y talentos? ¿Por ventura la elocuente voz de los siglos no ha pronunciado ya su inapelable fallo? ¿Quién se atreverá á dudar, ni de su poderosa inteligencia, ni de su vasta erudición, ni de su prodigioso ingenio? Por otra parte, ¿son acaso bastantes el saber y el talento para recabar de todo un pueblo los honores de la inmortalidad? ¿Cuántos y cuántos no han poseído tan envidiables dotes en grado eminentísimo, y, sin embargo, sólo merecen el olvido, cuando no la execración de sus mismos conciudadanos? Espíritus aviesos, soberbios y descreídos, puestos al servicio del genio del mal, véseles cruzar por el campo de la historia, con la tea incendiaria en la mano, la blasfemia en los labios y el veneno en el corazón, ávidos tan solo de corromper y destruir. Nuevos Erostratos, han buscado su celebridad en el incendio y la ruina, y ¡oh dolor! al profanar el *Sancta sanctorum* de

los pueblos, han anegado á su misma patria en torrentes de lágrimas y de sangrel

¡Cuán distinta no fué la misión de nuestro sabio! Persuadido de que la virtud de la fe «navega entre dos escollos opuestos: uno el de la impiedad y otro el de la superstición» (1) siendo tan vicioso el extremo de la *nimia credulidad*, como el de la *incredulidad proterva*, y atento á la imperiosa necesidad de «depurar la hermosura de la religión de vanas credulidades,» lánzase en noche al proceloso mar de los errores y preocupaciones sociales á combatir los monstruosos engendros de la superstición y la ignorancia; y fijos siempre los ojos en la brújula de la fe, ni las tinieblas le arredran, ni los escollos le detienen, ni las tempestades le intimidan, antes bien, con la entereza del apóstol y la imperturbabilidad del justo, lucha, lucha sin tregua ni descanso, hasta dar fin á su colosal empresa, haciéndose una y mil veces acreedor á que la patria le aclame y la Iglesia le bendiga. ¡Qué bien le cuadran bajo este respecto las hermosas palabras que el Eclesiástico consagra al sumo sacerdote Simón! «Como lucero de la mañana entre

(1) Examen de milagros. *Cartas erud.*, tomo II, carta XI.

tinieblas, como la luna en tiempo de su plenitud, como sol refulgente, así brillaba él en el templo del Señor;» porque, en efecto, de igual manera brilla y brillará Feijoó en el cielo de la católica España. Contemplémosle, señores, en el apogeo de su gloria, y ojalá que el ejemplo de sus virtudes nos sirva á todos de espiritual edificación y aprovechamiento.

Esto sentado, empiezo.

ILMO. SEÑOR:

Si el águila de Meaux, al remontar el vuelo de su prodigiosa elocuencia sobre la tumba del príncipe de Condé, vacilaba ante la gloria de tan ilustre guerrero, y aun creía inútil su trabajo, por haber resonado ya por todos los ámbitos del mundo el eco de las victorias del príncipe y las maravillas de su vida, ¿qué no me sucederá á mí, señores, al levantar mi humilde voz ante la estatua del sabio esclarecido, cuyo nombre, rodeado de la aureola de la inmortalidad, ha volado ya del uno al otro polo de la tierra? En tan crítica situación, algo me alienta la idea de que la gloria del monje español es de suyo más apacible, más humana, más civi-

lizadora, y, por consiguiente, más simpática que la del héroe francés. Evocados por la magia del genio de Bossuet, cruzan ante la corte de Luis el Grande, á manera de fantásticas visiones, los hazañosos hechos y gloriosas empresas del valeroso guerrero; bajo las augustas bóvedas de Nuestra Señora de París, parecen resonar los acentos del clarín y los redobles del parche, el estampido del cañón y los *jhu-rras!* de la victoria; y entre el polvo y el estruendo de los campos de batalla, vese surgir la veneranda sombra del caudillo enviado por el Dios de los ejércitos para la rehabilitación y engrandecimiento de la Francia. No es menos esforzado, ni menos grande el héroe que va á aparecer ante vuestros ojos; pero vedle: lleva por casco, la capilla; por armadura, el sayal; por manto, la cogulla: lucha y triunfa en la estrechez de una celda; y las batallas que riñe, y las conquistas que realiza, son las batallas y las conquistas del saber y de la cultura, en las cuales la pólvora, es la idea; la espada, la pluma; el enemigo, el error, y el campo de pelea, la conciencia pública; guerras sin lágrimas y sin sangre, en que el vencedor triunfa por la fuerza de la razón, y no por razón de la fuerza, y el vencido no dobla la ro-

dilla ante ningún poderoso de la tierra, sino sólo ante la verdad, hija bendita del cielo.

Es preciso conocer á fondo el lastimoso estado de postración y decaimiento en que á la sazón se hallaba la cultura española, para apreciar en su justo valor, la oportunidad y trascendencia de los escritos del célebre benedictino. No éramos ya la España de Cárlos V y de Felipe II, que al enseñorearse de ambos hemisferios, hizo prisionero al sol, para que la alumbre de continuo: no éramos ya la nación poderosa y temida que dictaba la paz y la guerra, y disponía á su antojo de los destinos del mundo: no éramos aquel pueblo valerosísimo y gigante que elevó su nombre á las estrellas, en alas de sus épicas hazañas, de sus maravillosas creaciones, de sus incomparables virtudes, produciendo capitanes como Cortés y Pizarro, marinos como Cano y Magallanes, apóstoles como San Francisco Javier y Bartolomé de las Casas, teólogos como Salmerón y Lainez, filósofos como Suárez y Vives, historiadores como Solís y Mariana, místicos como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, oradores como Avila y Granada, líricos como Fernando de Herrera y Fr. Luis de León, dramaturgos y noveladores como Calderón y Cer-

vantes, y artistas, en fin, como Herrera y Montañés, Zurbarán y Murillo. Con el genio militar y político se había extinguido el genio artístico y literario, y á la ruina de nuestro poder sigue la ruina de nuestra cultura. La metafísica degenera en el más ridículo ergotismo; el galenismo, el aristotelismo y el ptolomeismo enseñóranse de la medicina, la física y la astronomía; y la literatura, no reconociendo otro código de buen gusto que la *Agudeza y arte de ingenio*, de Gracian, agoniza y muere entre las monstruosidades escénicas de Comella, las extravagancias oratorias de los discípulos de Paravicino y las menguadas coplas de Gerardo Lobo. No, no habíamos llegado á tal punto de envilecimiento, que los extranjeros «pudiesen regular con razón á España por la vecindad de Africa, no distinguiéndonos de aquellos bárbaros, sino en idioma y religión;» (1) pues aun brillaba en nuestro horizonte tal cual destello de la pasada gloria; pero ¡ay! el fertilísimo campo de nuestras letras habíase convertido en árido desierto, y al amparo de las sombras que empañaban el brillo de la ciencia, pululaban los errores y preocupacio-

(1) *Glorias de España*, 1.^a parte, n. 1.

nes sociales, y extendía sus dominios la superstición, hija legítima de la ignorancia.

La pureza de la fe, por una parte, y los fueros de la razón, por otra, reclamaban de consuno, para su reivindicación y defensa, un hombre extraordinario, que á una vasta erudición y á un certero sentido crítico, reuniese un carácter enérgico y una voluntad incontrastable. Este hombre fué Feijoó. «Aquél de quien son» como dice Daniel, «la sabiduría y la fortaleza; el que muda los tiempos y las edades; traslada los reinos y los afirma, y da la sabiduría á los sabios y la ciencia á los inteligentes» (1) le hizo surgir de improviso en la ignorada aldehuela de Casdemiro; condújole de niño al claustro, (2) y dióle la vida y el reposo necesarios para llevar á cabo tan grande obra de regeneración y engrandecimiento. ¡Cuán cierto es, que «no está en el solo querer del hombre el dirigir su camino, ni es del hombre el andar y el enderezar sus pasos!» (3) El Señor fué, en efecto, quien di-

(1) Cap. II, v. 20 y 21.

(2) Comenzó sus estudios en el Convento de San Esteban de Ribas del Sil, y á los catorce años, en el de 1690, tomó en el de Samos la cogulla.

(3) *Jeremías*, cap. X, v. 23.

rigió los del noble joven, por cuyas venas corría sangre de grandes santos, de famosos juristas y de intrépidos marinos (1), al seno de la esclarecida Orden monástica que en los siglos medios preservó la antorcha de la ciencia de los fieros vendavales de la barbarie, recogiendo y salvando en el retiro del claustro, como en arca santa, las preciosas reliquias de la antigüedad clásica, asombró después al mundo con hijos tan ilustres en el saber como los Tasins, los Ruinarts, los Lobinaus, los de d'Accheris, los Calmets, los Lamis, los Martenes y los Mavillones, y dió cima á empresas literarias tan admirables como la grandiosa edición, en más de 150 volúmenes en folio, de las obras de los Santos Padres griegos y latinos, maravilla del arte é imperecedero monumento de la proverbial sabiduría benedictina. ¿Y qué mejor escuela podía deparar el cielo al futuro polígrafo, que aquellos santos monasterios transformados en doctas academias? ¿Qué mejores maestros, que aquellos sabios monjes, encanecidos en todo género de disciplinas? ¿Qué mejores arsenales, que aquellas copiosas bibliotecas, en que la misma mano

(4) Véase la nota 1.^a

que roturaba montes, desecaba pantanos y convertía en fértiles campiñas los más estériles eriales, iba guardando, para manejarlos noche y día, los más ricos tesoros de la ciencia y de las letras?

Criado á los ubérrimos pechos de tan buena madre, por tal manera se aventaja el nuevo monje en todo género de saber y de virtudes, que los colegios de San Esteban de Ribas del Sil, Samos, Lerez y Salamanca, en que hace sus estudios, le miran con asombro; la Universidad de Oviedo se enorgullece de contarle en el número de sus doctores y maestros; sus hermanos de religión, no pudiendo vencer su resistencia á desempeñar el gobierno supremo de la Orden, le aclaman Maestro general con honores de General y voto perpetuo en el Capítulo; y aun no se había dado á conocer por sus célebres *Discursos*, cuando el rey Felipe V, á cuyo trono había llegado ya la fama de su piedad y doctrina, le designa para ocupar una de las primeras sedes episcopales de América (1). Pero en vano. Feijoo tiene plena conciencia de su misión, y si más adelante acepta el cargo de Consejero con que el *justo* Fernan-

(1) Véase la nota 2.^a

do VI se digna honrarle (1), rehusa cualquier otro que pudiera distraerle del estudio, alejándole de la quietud y apartamiento en que vivía. El que, al decir del autor de *Lima fundada*, «había de desempeñar á su siglo de todo lo que estaba debiendo á los siglos precedentes,» (2) necesitaba disfrutar de la descansada vida y seguir la escondida senda de los sabios: el que había de lanzarse al polvoriento palenque de la crítica, á reñir descomunal batalla con los errores y preocupaciones de su tiempo, debía conservar toda la libertad y soltura de los atletas. Había nacido para la lucha, y á la lucha consagra su existencia.

Pero ¡qué lucha, señores! Los anales de nuestra historia literaria no registran otra alguna ni más transcendental ni más encarnizada. No era la lucha por el triunfo de una idea, de un sistema, de una teoría determinada, sinó la lucha por la verdad en todas las esferas del conocimiento, la lucha por el bien en todas las manifestaciones de la vida. La línea de batalla se extendía desde los más sublimes conceptos de la fe, deslustrada por la superstición, hasta las más humildes nociones

(1) Véase la nota 3.^a

(2) *Dr. D. Pedro de Peralta*, tomo II, n. 30. (1)

del sentido común, extraviado por la ignorancia. Y de un lado, Feijoó, como el personaje apocalíptico del inspirado de Patmos, con siete estrellas en la diestra y una espada de dos filos en los labios; (1) del otro, la espantosa hidra del error, agitando sus múltiples cabezas. Suena en el cielo la señal del combate: nuestro Hércules oye una voz que le dice: «El Señor es contigo, ¡oh, tú, el más valeroso de los hombres! Anda, ve con ese tu valor, yo seré contigo;» (2) y sin esperar la ayuda del hijo de Ificlo, lánzase sobre el monstruo, y le acosa, le vence y le decapita, restañando con el fuego de la crítica la sangre que corre de las abiertas heridas. ¡Ah, señores! Feijoó no es sólo «el Colón que dota con un nuevo mundo intelectual á España,» como ha dicho un ilustre escritor contemporáneo; (3) es también el Pelayo que, no lejos de Covadonga, da principio al gran renacimiento, á la gloriosa reconquista literaria que continúan Sarmiento, Mayans, Isla, Florez, Burriel y Campomanes, y llevan á feliz término Jovellanos, Melendez y los Moratines. Yo no sé que admirar más en hom-

(1) *Apocalip.*, cap. I, v. 16.

(2) *Jueces*, cap. VI, v. 12, 14 y 16.

(3) Ferrer del Río.

bre tan extraordinario: si la inmensa erudición de que hace gala, discurriendo con el mayor desembarazo por los campos de la crítica, de la moral, de la filosofía, de la literatura, de la historia, de la filología, de la economía política, de la medicina, de la historia natural, de las ciencias físico-matemáticas, y en fin, por todos los ramos del saber humano; ó el denuedo y bizarría con que se yergue, avanza y arremete, ya con las sutilezas metafísicas y los argadillos y trampantojos dialécticos de que se hallaban plagados los estudios, ya con la medicina transplantatoria y las sangrías *ad deliquium* de los ignorantes galenillos y dulcámaras; ora con las preocupaciones y rutinas del vulgo, «que añadía estorbos á la verdad, creciendo los sufragios al error,» (1) ora con la turba de brujas, duendes, trasgos, endriagos, zahoríes, hechiceros, nigromantes y saludadores que, para daño y mengua de la fe, abortaran la ignorancia y la superchería.

Y sucedió lo que no podía menos de suceder. Al resonar la voz del sabio que clama *¡fiat lux!* los espíritus de las tinieblas, confusos y exasperados, gritan *¡blasflemavit!*; y no hay

(1) Voz del pueblo, n. I.

arma que contra él no se esgrima; no hay dicitario con que no se le apostrofe. Al lado de tal cual Aristarco que le impugna con erudición y comedimiento, surgen acá y allá centenares de Zoilos, tan llenos de sí mismos, *divites sui*, según la brillante frase de San Agustín, (1) como hueros de ciencia, que como dice el venerable Beda, *stultitiæ suæ fluentia fundebant*; literatos de prima tonsura, que «no teniendo habilidad para dictar una carta, se erigen en rígidos censores;» (2) deslenguados copleros, que suplen lo que les falta de inspiración con lo que les sobra de desvergüenza, y hasta miserables libelistas, que en hediondos papelones le apellidan «feo hijo de la fe, novador teñido de las máximas del Norte,» con otras lindezas é imposturas por el estilo. (3) ¿Mas, qué importa? Tan vasta conjuración, tan espantosa gritería, capaz de poner miedo en el corazón más esforzado, ni le turba, ni le intimida, ni le desconcierta; porque sabe muy bien que «los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes, y está persuadido de

(1) In Psal. 71.

(2) Pról. al Teat. crít.

(3) *Oración fúnebre* de Fr. Eladio de Noboa, págs. 33 y 34.

que siempre alcanzará más un discreto solo, que una gran turba de necios; como verá mejor al sol un águila sola, que un ejército de lechuzas.» (1) Seguro en su fe, firme en su idea, inquebrantable en su propósito, tan lejos está de vacilar ó retroceder, que lamentando la muerte de su amigo el Dr. Martínez, «glorioso ingenio, víctima que la ignorancia consagró á su obstinación,» exclama: «Si Martínez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha » (2) Y en efecto; ante la turba de envidiosos é ignorantes que apedreaba sus escritos, pudo imitar al gran Constantino, el cual, como le pidiesen que castigara á los que habían desfigurado á pedradas sus estatuas, se pasó la mano por la cara, y dijo sonriendo: *No siento herida alguna.* (3)

El movimiento literario que promueve con sus escritos, es indescriptible: no ya los sabios, entre los cuales había á la sazón harto vulgo, pero hasta los menos eruditos aplícanse al estudio de las varias y múltiples cuestiones que

(1) Voz del pueblo, n. I.

(2) Carta al duque de la Mirándola.

(3) Dicho que recuerda el Crisóstomo en la Homilía II, 2, al demandar piedad para los que habían derribado las estatuas de Teodosio y su esposa.

dilucida: todos siguen con interés las peripecias de tan desigual contienda: las gentes vienen de luengas tierras á contemplar al coloso, cuya fama, no cabiendo ya en Europa, atraviesa los mares para dilatarse por América; y al ruido de la prensa, que reproduce sin cesar sus obras y las de sus panegiristas é impugnadores, España despierta de su profundo sueño; del choque de las ideas brota la luz que disipa las tinieblas; y como lucero de la mañana, al principio, como la luna en su plenitud, después, y como sol refulgente, al fin, así brilló nuestro monje en el templo del Señor: *sic ille effulsit in templo Dei.*

*
* *

Y claro está, señores, que siendo el Verbo eterno «luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo,» (1) al disipar Feijoó *las tinieblas que no le comprendían*, ni podrán comprenderle jamás; al rectificar las

(1) Evang. de San Juan, cap. I, v. 9.

ideas y depurar las creencias, deshaciendo sofismas, extirpando errores, delatando supercherías y arrancando con mano fuerte la cizaña de la superstición, que tan hondas raíces había echado en la fe de los españoles, prestó tal y tan grande servicio á la Religión, que si la ciencia le aclama como á uno de sus más ilustres cultivadores, la Iglesia debe honrarle como á uno de sus más esclarecidos hijos. Su misión fué tan humilde como benéfica y civilizadora. Genio y alientos tenía para remontarse á las altas regiones de la hermenéutica, del dogma ó de la mística, donde hubiera cosechado, de seguro, muchos é inmarcesibles laureles; pero de esta suerte no hubiera ocurrido á la necesidad más general y sentida de su tiempo, ni hoy ciñera á su sien tan rica y espléndida corona. Feijoó debía ser, y fué en efecto, el gran crítico á cuyo recuerdo surge en mi mente el del gran Cervantes. Cuando veo á estos dos genios recorrer la eclíptica de la inmortalidad en el luminoso cielo de la historia, imagínome contemplar dos astros en conjunción, que en cierto modo se corresponden y complementan. Aquél cultiva la crítica severa, y éste la regocijada: el uno fué apellidado el Príncipe, y el otro el Fénix de los in-

genios: (1) Cervantes escribe tras los hierros de una cárcel el testamento de la Edad media; Feijóo formula en la estrechez de una celda las bases de nuestra regeneración contemporánea: el *Quijote* es la alegre carcajada que pone fin á los delirios de la andante caballería; el *Teatro crítico* la cáustica sonrisa que ahuyenta los fantasmas de la superstición y la ignorancia. Uno y otro dicen con entera claridad cuál es el fin á que encaminan sus obras, y sin embargo, como alguien ha creído ver en el Manco de Lepanto una especie de filósofo que expone por tan deliciosa manera un sistema metafísico, no ha faltado tampoco—¿me atreveré á decirlo?—no ha faltado quien haya visto en el monje de San Benito una especie de Voltaire, que realiza á su modo los principios y tendencias de la Enciclopedia francesa.

Los que tal dicen, ó se expresan con lamentable inexactitud, ó calumnian á nuestro crítico. ¡Volteriano Feijóo, que somete todos sus escritos á la censura de la Iglesia, y si algún error se desliza en ellos, le falta tiempo para advertirlo y rectificarlo! ¡Volteriano él, que en el ruidoso proceso de *las flores de San Luis del*

(1) *Oración fúnebre* de Fr. Benito de Uría, p. 21.—Salamanca, imp. de Antonio Villargordo y Alcaraz.—4.º

Monte apela del juicio de los ignorantes é ilusos á la información y dictamen de su Prelado! ¡Volteriano él, que á las malévolas y tentadoras indicaciones de las Gacetas de Londres, Holanda, Utrech y Berna responde indignado, protestando de su adhesión á la Santa Sede, y declarando á la faz del mundo hallarse pronto á derramar por la fe toda la sangre de sus venas! (1) ¡Volteriano! ¿Y por qué? Porque combate con santa libertad, con la libertad que jamás ha negado á sus hijos la Iglesia, falsos milagros, preocupaciones absurdas, perniciosísimas supersticiones! ¡Volteriano! ¡Cómo explicar entonces que religiosos de distintos institutos y doctores de varias Universidades hayan hecho de él los más entusiastas elogios; que sabios tan eminentes como Sarmiento é Isla, hayan salido á la defensa de sus doctrinas, y que purpurados tan ilustres como Cienfuegos y Querini le hayan tenido en la mayor estima?... ¿Cómo explicar que el Tribunal de la Inquisición, tan celoso de la pureza de la fe, que no se detiene en sus investigaciones ni ante la sabiduría del autor de los *Nombres de Cristo*, ni ante la santidad de

(1) *Fábulas gacetales*, núm. XI, al fin.

la Reformadora del Carmelo, sólo haya tachado en los 153 discursos y 163 cartas eruditas de nuestro crítico dos párrafos que resultaron peligrosos, no por culpa del autor, sino por yerro de los impresores? (1) ¿Cómo explicar que el sapientísimo Benedicto XIV le alabe tres veces en una Constitución apostólica, y hasta se inspire en sus juicios, (2) ya para reducir los días festivos en nuestra patria, ya para reformar la música sacra en sus Estados? (3) ¿Cómo explicar... pero ¿á qué insistir en esto?... Despojad al sabio monje del sayal y la cogulla: ataviadle con la casaca y la peluca de Voltaire, ¿y qué restará del gran Feijóo?... Un incrédulo vergonzante, un cobarde partidario de la Enciclopedia, un comparsa.

Entre el crítico de Casdemiro y el filósofo de Ferney, hay la misma relación que entre Jesús y Belial, entre la luz y las tinieblas. Vol-

(1) Los párrafos 74 y 75 del Discurso 11 del tomo VIII, en los cuales, á juicio de la Inquisición, no condenaba con la debida energía los bailes y danzas en que tomaban parte personas de ambos sexos. Véase la nota 4.*

(2) En los *Discursos* 12 y 13 del tomo VIII, y en el 14 del I.

(3) *Bulario* de Benedicto XIV, 19 de Febrero de 1745, párrafos 9 y 11, en los cuales se hace cargo de la opinión de nuestro crítico sobre la *Música de los templos*. Véase la nota 5.*

taire, llevado del más pavoroso excepticismo, ataca por su base el organismo social, patria, religión, familia; y es el incendio que abrasa: Feijoó, persuadido de que *el grano del Evangelio no presta nutrimento seguro, sino separado de la paja,*» (1) conságrase por entero á desengañar de errores comunes; y es el crisol que purifica. Voltaire quiere probar al mundo que se basta él solo para destruir la obra de los Apóstoles del Crucificado, y en un arranque de satánica soberbia, exclama: *¡aplastemos al infame!* (2) Feijoó combate la incredulidad (3) y la filosofía materialista; (4) dirige caritativas reconvencciones á los que profesan la ley mosaica, (5) y hasta se cuida de preservar á los españoles que viajan por el extranjero de los errores del Protestantismo, todo por afirmar y ensanchar más y más el reinado social de Jesús sobre la tierra. Voltaire grita á sus secuaces: *El fin justifica los medios: la mentira es lícita si nos es útil: calumniad, que algo queda:*

(1) Purgatorio de San Patricio, n. I.

(2) «Me canso, dice el impío filósofo, de oír repetir que doce hombres han bastado para establecer el Cristianismo, y quiero mostrar que sobra con uno para destruirlo.»

(3) En un *Discurso* que dejó á medio concluir.

(4) *Cartas eruditas*, tomo IV, carta 15.

(5) *Idem* tomo III, carta 8.

Feijó profesa la máxima de que para ser buen crítico es indispensable la sinceridad, y «nada escribe que no sea conforme á lo que siente.» (1) Voltaire adula servilmente á los poderosos de la tierra, y ante el temor ó la conveniencia, no vacila en adorar públicamente aquello mismo que desprecia y maldice: Feijó sólo quema incienso en aras de la verdad, y jamás abate su bandera, ni hace traición jamás á sus propias convicciones. El uno es un apóstata, y el otro es un creyente: el uno es un demoledor, y el otro un moralista: el uno es el genio del bien, y el otro el genio del mal: Voltaire vive como un impío, y muere como un réprobo: Feijó vive como un justo, y muere como un santo. ¿Puede darse mayor oposición, ni más profundo contraste? (2)

Yo desafío al más suspicaz y descontentadizo á que me señale en las obras del gran crítico, ¿qué digo un párrafo? ni una sola línea, ni una sola palabra que no esté de todo en todo conforme con los más sanos principios del dogma, de la moral y de la política. Al-

(1) Pról. al Teat. crít.

(2) ¡Rara coincidencia! El 4 de este mismo mes acaba de erigirsele á Voltaire una estatua en Saint-Claude, fundida en bronce, como la de nuestro crítico.

guien ha dicho, que *debiera erigirsele una estatua, y quemar al pie de ella sus escritos*; (1) pero al pronunciar tan injusto como antitético fallo, ni aludía, ni podía aludir en manera alguna á la pureza de la doctrina, que en todos ellos resplandece sin eclipses, ni intermitencias. Fuera de esto, ¿qué importa que en ellos se noten algunas manchas, si el sol, con ser sol, las tiene?... Homero, el divino Homero ¿no se duerme de vez en cuando, al decir del Venusino? «Los genios elevados» observa á este propósito Feijoó, «están más expuestos á algunos defectos, que los medianos. Aquéllos, conducidos ó de la viveza de la imaginación, ó de la valentía del espíritu, suelen no reparar en algunos requisitos, que escrupulosamente observan los ingenios de más baja clase... Estos no caen, porque no se remontan... Aquellos, dejándose arrebatarse con vuelo generoso á mayor altura, suelen no ver lo que por más bajo está más distante.» (2) Y siendo esto así, ¿qué deberemos pensar de esa «mezquina crítica de ápices gramaticales,» que renuncia al encomio de grandes bellezas ante unos cuantos galicismos? Ciertamente que no siempre anduvo

(1) Don Alberto Lista.

(2) Reflex. sob. la Historia, n. III.

cuerto y atinado, y que los adelantos de las ciencias y los progresos de la cultura han quitado buena parte de interés á sus escritos; pero, si esto fuese bastante para condenarlos á la hoguera, ¿qué razón habría para no hacer lo propio con los de Platón, Plinio, Hipócrates y tantos y tantos otros ilustres pensadores, que en medio de las adivinaciones del genio, no se libraron de pagar tributo al *hominum est errare*? ¡Erigirle una estatua, quemando el pedestal!... ¡Donosa manera de honrar al genio!... ¿Qué diría el autor de tal contrasentido, si hubiese visto que una generación más ilustrada que la suya, se la erigía precisamente á la entrada de la Biblioteca nacional, y lejos de quemar al pie de élla sus escritos, los reimprimía de nuevo para colocarlos al lado de los de nuestros mejores ingenios?... (1) ¡Con cuanto acierto, con cuanto acierto habeis grabado vosotros en el pedestal del monumento que le consagrais en este día, los luminosos títulos de sus inmortales obras! Ellas fueron la base de su fama, y es muy justo que lo sean de su gloria.

*
* *

(1) En la *Biblioteca de Autores españoles*, vol. 56.

Pero hay más, señores. Cuando á mis solas comparo su corazón con su genio, su saber con su carácter, sus virtudes con sus talentos, siéntome como tentado—¿por qué no decirlo?—á poner al hombre por encima del sabio. ¡Ah, señores! ¿Qué mayor peligro para el hombre de gloria, que su gloria misma? Ved, ved todos esos grandes genios que, cual gigantes lumbreras, se alzan acá y allá en el camino de la humanidad para iluminarle con los fulgores de la ciencia. ¡Cuán pocos han llegado á realizar la profunda máxima de los Proverbios: «*Si sapiens eris, tibi metipsi eris!*» (1) Sabios para los demás, no han sabido serlo para sí mismos, y envanecidos con el ruido del aplauso, trastornados por el incienso de la adulación, deslumbrados por los resplandores de la gloria, háseles visto precipitarse del pináculo de la celebridad, y sucumbir aplastados bajo el peso de su propia grandeza. «*Receperunt mercedem suam, vani vanam.*» (2) Con razón llama San Bernardo á la humildad virtud rara y del todo grande en quien goza de honores y distinciones. (3) Feijoó, sin embargo, el

(1) Cap. IX, v. 12.

(2) San Agustín, In Psal. 118, serm. 12, n. 2.

(3) *Magna prorsus et rara virtus humilitas honorata*.—Hom. 4, sup. Missus.

Maestro general con honores de General de la Religión benedictina, el Consejero de Fernando VI, el inspirador de uno de los más sabios Pontífices, el gran polígrafo, en fin, que ve sus obras traducidas á varias lenguas y aclamado su nombre en todas las naciones, la posee en grado tan eminente, que rehuyendo las grandes posiciones sociales, vive sujeto como el último de los monjes, al abad de su monasterio; (1) maravillase de que las gentes, atraídas por su fama, vengan en peregrinación á admirar en él *un saco de tierra*, y desea que sobre la losa de su sepulcro se escriba «que trabajó por ser sabio, y murió al fin ignorante.» (2)

(1) Feijóo rehusa las Abadías de Samos y San Martín, de Madrid, y si en tres ocasiones se ve obligado á aceptar la del Colegio en que vivía, fué siempre, como dice Fr. Eladio de Noboa en su *Oración fúnebre*, con la repugnancia que manifestó la primera vez (en 1723), en la que á poco tiempo logró con importunos ruegos le exonerasen del empleo.» «Su pasión dominante» añade el citado panegirista, «era obedecer y no mandar.» Pág. 39 y 40.

(2) Fué enterrado en el crucero de la iglesia de San Vicente de Oviedo, junto á las gradas de la capilla mayor ó presbiterio. Pardiñas, *Varones ilustres de Galicia*, página 39.

He aquí la inscripción que compuso para su tumba:

«Aquí yace un estudiante
De mediana pluma y labio,
Que trabajó por ser sabio,
Y murió al fin ignorante.»

Y es, señores, que nuestro crítico supo unir por admirable manera la oración al estudio, la piedad á la ciencia y la virtud á la sabiduría, consiguiendo de esta suerte que se compenetraran en su alma la llama del genio y la llama de la caridad, de aquella virtud sublime, «alma de las letras,» como la apellida San Agustín, (1) sin la cual la ciencia infla, y el crítico se convierte en hueco declamador, semejante, según la frase del Apóstol, á metal que suena, ó á campana que tañe. (2) Buscó en el santo temor de Dios el principio de su sabiduría, y el Señor le dotó de un corazón sabio, (3) en el cual ardían á la par los más nobles, los más grandes, los más santos amores. Y sino, decidme, ¿qué amor no sería el suyo á la verdad, cuando llegó á ser un axioma en su convento: *El P. Maestro nunca miente!*

La que se lee no puede ser más sencilla, dice así:

HIC JACET MAGISTER F. BENEDICTUS HIERONIMUS FELJOO. OBIIT ANNO DOMINI MDCCLXIV, ETATIS LXXXVIII.

Y en la orla:

OBIIT DIE XXVI SEPTEMBRIS ANNO MDCCLXIV, ETATIS SUÆ LXXXVIII.

(1) De laud. Charit.

(2) Epíst. I ad Corint., cap. XIII, v. 1.

(3) *Dedi tibi cor sapiens et intelligens.* 3. Reg. cap. III, v. 12.

¿Qué amor no sería el suyo al bien, cuando decía que se debía ser bueno, no sólo por deber sino hasta por egoísmo, comodidad y cálculo?... ¿Qué amor no sería el suyo á la ciencia, cuando deseaba que su cadáver sirviese de estudio sobre la mesa de un anfiteatro? ¿Qué amor no sería el suyo á la religión y á la patria, cuando al propio tiempo que esgrimía su pluma con el mayor denuedo en pro de la pureza de la fe y de la cultura de sus conciudadanos, consagraba los cuantiosos emolumentos de sus obras y los ricos presentes que se le hacían, á la gloria de Dios y al alivio de los menesterosos, siendo á la vez el padre de los pobres y el Zorobabel del templo en que vistiera la cogulla? (1) ¿Y quién más celoso en el cumplimiento del deber? ¿Quién más sufrido y paciente en los achaques de la ancianidad? ¿Quién más sincero, cariñoso y llano en su trato? (2) Señores; el que primogé-

(1) El del Real Monasterio de San Julián de Samos, para cuya reedificación cedió los privilegios de reimpresión de sus obras. No se cuidó de acrecentar las riquezas de su familia, á la cual no hay noticia de que enviase jamás cantidad alguna.

(2) D. José Pardiñas hace en su libro *Varones ilustres de Galicia*, p. 57, el siguiente retrato del P. Feijóo: «Fué de estatura prócer, como de ocho palmos ó algo más, y sus miembros muy proporcionados, su cara algo más larga

nito de rica y nobilísima familia, trueca en la edad de las ilusiones los placeres del mundo por las austeridades del claustro; el que á los 74 años de ejemplarísima vida monástica, de los cuales consagra 30 á la cátedra y 35 á la pluma, confiesa ingenuamente que jamás, ni por un solo instante, estuvo pesaroso de haberla abrazado; el que imposibilitado y decrepito, no se contenta con asistir todos los días al santo sacrificio de la misa, en el Oratorio instalado en su mismo cuarto por indulto especial de Clemente XIII, sino que se hace conducir á una tribuna del templo para conversar con su Dios y unir sus preces á las de sus hermanos; «el que funda en el amoroso patrocinio de la Virgen la esperanza de su eterna felici-

que lo justo, el color mediauamente blanco y los ojos vivos y penetrantes.

En la *Noticia* de su vida y obras que precede á la edición del *Teatro crítico*, publicada bajo la dirección del ilustre Campomanes, se dice lo siguiente, pág. XI: «El trato de nuestro benedictino era ameno y cortesano, como lo es comunmente el de estos monjes, escogidos, por su corto número, de familias honradas y decentes. Era salado en la conversación, como lo acredita su afición á la poesía, sin salir de la decencia. Esto le hacía agradable en la sociedad, además de su aspecto apacible, su estatura alta y bien dispuesta, y una facilidad de explicarse de palabra con la propiedad misma que por escrito. La viveza de sus ojos era un índice de la de su alma.»

dad,» (1) y, pudiendo morir bajo los artesonados de un palacio, muere en la angostura de una celda, con las lágrimas del penitente en los ojos y la sonrisa de los bienaventurados en los labios, bien merece que, entrelazada con la corona de la ciencia, ciñamos á sus sienas la corona de la santidad, repitiendo en su honor las palabras del Eclesiástico: «Como lucero de la mañana entre tinieblas, como la luna en su plenitud, como sol refulgente, así brilló él en el templo del Señor.»

¡Bien haya el pueblo que le vió nacer! ¡Bendita la Religión que le crió á sus pechos! «*¡Beatus venter qui te portavit, et ubera que suxisti!*» (2) Si, señores, ¿qué mayor gloria para un pueblo, que el contar entre sus hijos á sabio tan ilustre, á varón tan esclarecido? Galicia, Galicia, egregia matrona que con tu manto de verdura, tu cinturón de gracias y tu corona de flores, te miras extasiada en las auríferas corrientes de tus ríos y en las azules ondas de tus mares, alza, alza tu frente al cielo y regocíjate; que hoy es para tí día de júbilo y contento. Aquél que ves allí, sobre la cumbre

(1) *Cartas eruditas*, tomo V, carta 6.

(2) Evang. de San Lucas, cap. XI, v. 27.

del Tabor de la inmortalidad, con el rostro resplandeciente como el sol y las vestiduras tan blancas como el ampo de la nieve, es Feijoó, el sabio campeón de Casdemiro: hijos tuyos son también los ínclitos varones que á su lado se levantan: Lemos, el insigne teólogo tridentino, y Sarmiento, «milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas;» (1) y las sombras que en su derredor se agitan, poseidas de suavísimo entusiasmo, son las sombras de los héroes y los santos, de los artistas y los sabios que han brotado de tu fecundo seno, y hoy dejan sus moradas eternas, para entonar en su loor el himno de la victoria. Allí, allí están tus santos ascetas, los Fructuosos y Valerios, Rosendos, Froilanes y Gonzalos; allí tus heróicas vírgenes, las Marinas y Eufemias, Engracias, Donatelas y Atramundas; allí tus sabios cronistas, los Idacios, Ruíz Vazquez, Vascos de Aponte y Gándaras; allí tus dulcísimos poetas los Dámasos y Pedros Mosonzos, (1) los Macías y Rodríguez del Padrón; allí tus inspirados artistas, los Her-

(1) *Teat. Crít.*, tomo IV, disc. 14, n. 84.

(2) Suele atribuirse á San Pedro Mosonzo el *Salve Regina*, himno tan dulce y sentido, que algunos le creyeron obra de los ángeles.

nandez, Moures, Castros y Andrades; allí tus esforzados guerreros, los Fernandez de Lugo, Hernandos de Andrade y Pitas da Veiga; allí tus intrépidos marinos y descubridores, los Perez de las Mariñas, Nóvoas y Sarmientos. todos, todos tus héroes, en fin, los héroes de la fe y los héroes de la patria, desde Potamio á Blanco; desde el niño Pelayo á la valerosa María Pita; desde los que se sacrificaron en la cumbre del Medulio, hasta los que sucumbieron en Puente de San Payo. ¡Oh, Galicia, encantadora Galicia! sírvate tanta y tanta gloria de lenitivo en tus pesares. ¿Qué pueden importarte ni las injusticias de los hombres, ni el olvido de los tiempos, ni los desdenes de la fortuna? El Señor ha derramado sobre tí á manos llenas sus gracias y sus dones: tus hijos han ceñido á tu frente las más espléndidas coronas: por tu historia y por tu suelo puedes exclamar, con más razón que la orgullosa Babilonia: «*Ego sum, et præter me non est altera.*» Soy fecunda, soy ilustre, soy grande: nada tengo que envidiar sobre la tierra. (1)

Señores, yo os felicito de lo íntimo de mi corazón, por la noble empresa á que habeis

(1) Isaias, cap. XLVII, v. 10.

puesto feliz término y coronamiento en este día. Vuestro patriotismo tenía una deuda sagrada que pagar, y la ha pagado. ¡Loor eterno á las corporaciones, á la prensa y á cuantos particulares han contribuido á tan alto fin con el óbolo de la admiración, ó la palabra del entusiasmo! ¡Loor eterno al venerable y dignísimo Cabildo, que asociándose á vuestras alegrías, ruega fervorosamente por el sabio al Dios y Señor de todas las ciencias! ¡Loor eterno, loor eterno á la ilustre y celosa Comisión que interpretando fielmente la voluntad de su pueblo, ha venido luchando con la mayor constancia un día y otro día, un año y otro año por la realización de tan hermoso y levantado pensamiento! ¡Y qué sinsabores no ha tenido que sufrir! ¡Qué dificultades no ha tenido que vencer! ¡Qué obstáculos no ha tenido que superar!... Beneméritos patricios, yo os saludo en nombre de Galicia que os aclama, de España entera que os felicita, del gran Feijoó que os sonríe desde el cielo. No lo dudeis: Orense, vuestra cariñosa madre, escribirá satisfecha y reconocida vuestros nombres con letras de oro en las páginas de su historia. Gozaos, pues, en vuestra obra, y recibid el premio de vuestros nobilísimos afanes.

Orensanos, ya podeis alzar orgullosos vuestras frentes. Si Oviedo tiene la dicha de guardar, cual riquísimo tesoro, las cenizas del gran benedictino, vosotros podeis gloriaros de haber levantado en su honor magnífico monumento. Ved, ved allí al sabio, vestido de tosco sayal y en actitud meditabunda. Ése, ése es el hombre que se atrevió á luchar con todo un pueblo; ése es el atleta que reportó la más brillante victoria de los errores y supersticiones de su tiempo; ése es Feijoó. Descubríos, prosternaos en su presencia, y bendecid al Señor que se dignó hacerle en todo grande: grande en la fe y grande en la ciencia; grande en la pelea y grande en la victoria; grande en vida y grande en muerte. ¿Quién, quién, sino Dios encendió en su frente la llama del genio? ¿Quién enriqueció su espíritu con toda suerte de virtudes? ¿Quién le alentó y sostuvo para luchar con la fe de un apóstol y el aliento de un gigante, por la santa causa de la verdad y del bien?... Dios, Dios fué quien le convirtió en vaso de elección é instrumento de sus misericordias. Dios quien, según la frase del sabio, «le hizo salir vencedor en la gran lucha, dándole poder contra los que le deprimían, convenciendo de mentirosos á los que le infamaban

y procurándole eterna gloria,» (1) para que brillara, como sol refulgente, en el cielo de la patria. Dios, en fin, quién le ofreció en espectáculo á las generaciones futuras, para que á todos nos sirviera de modelo, á los unos por su piedad, á los otros por su ciencia, y á todos por su acendrado patriotismo. Y ahí, ahí está, no sólo para que su pueblo le ensalce y admire, sino también para que le imite y le siga. Para que le imite y le siga, si; que en la tremenda crisis porque atraviesa el mundo; en presencia de los radicalismos y utopias que amenazan precipitar la sociedad en pavorosos abismos; en la titánica lucha de ideas é instituciones que se disputan con encarnizamiento el dominio de la conciencia pública, á nadie, á nadie le es lícito permanecer indiferente é inactivo. Y ¡ay del que encubra su luz bajo el modio! ¡Ay del que esconda sus talentos en la tierra! ¡Ay del que no luche, en la medida de sus fuerzas, por los sagrados intereses de la religión y la patria!

¡Gloria, gloria á tí, genio inmortal, en cuya frente brilla la triple aureola del saber, de la justificación y del carácter! ¡Que grandiosa fué

(1) Sabid., cap. X, v. 12 y 14.

tu misión! ¡Qué sublimes tus destinos! Enervado, impotente, paralítico yacía el pueblo español, y tú exclamaste: *surge et ambula*, levántate y anda, y el pueblo español *surrexit et abiit*, se levantó y anduvo. ¡Oh! y qué amarguras hubiste de sufrir, qué luchas tuviste que sostener para conducirlo y empujarle á la alta cumbre de que había caído!... Pero al fin la escaló... tú lo quisiste! ¿Qué mucho que en medio de sus triunfos y grandezas se enorgullezca de tí, te honre y te bendiga? Gloria, queridos orensanos, gloria al hijo más ilustre de Galicia! ¡Gloria al monje, gloria al héroe, gloria al sabio! ¡Gloria á Feijoo!... Ojalá que este faustísimo día sea para vuestro pueblo el principio de una nueva era de prosperidad y engrandecimiento. Ojalá que el monumento que legais á vuestros hijos sea para ellos, no un simple recuerdo que lisonjee su orgullo, sino centro de fe, de amor y de esperanza, en torno del cual se agrupen en las grandes luchas y conflictos de la vida. Ojalá, en fin, que, como os habeis hecho acreedores al reconocimiento de la patria, os hagais dignos también de las bendiciones del cielo.—Así sea.



NOTAS

—

NOTAS

1.^a Hijo primogénito de D. Antonio Feijóo y Montenegro y doña María de Puga Sandoval, nuestro crítico, no sólo era pariente cercano del almirante Feijóo y del sabio jurisconsulto y catedrático de prima de la Universidad de Salamanca, D. Juan de Puga Feijóo, cuya vida y escritos sacó á luz el Dr. D. Gregorio Mayans, como lo recuerda nuestro monje en una nota á la segunda parte de las *Glorias de España*, sino que descendía de la familia de San Rosendo, segun afirman el P. Gándara en su *Nobiliario de Galicia*, lib. II, cap. 8 y 9, y el M. Fr. Fernando Ojea, del Orden de Predicadores, en su *Historia de Santiago*, capítulo LVII, fol. 299. En el archivo de Casdemiro hemos visto, además del árbol genealó-

gico, una *Historia y genealogía de la antiquísima y nobilísima familia de los Feijoós y Montenegros*, curioso manuscrito de 22 folios, sacado, según al último se dice, de otro escrito en 1728, que pertenecía á un vecino de la villa de Allaríz; y ambos documentos vienen en apoyo de la opinión de aquellos autores, según la cual los Feijoós traen su origen de D. Tibalte Giraldo ó Giraldez, hijo, según unos, del conde D. Nuño, hermano de San Rosendo y primo, según otros, del conde D. Gutierre Mendez, padre del santo é hijo del conde don Hermenegildo, deudo cercano del rey D. Alonso el Magno, el cual D. Tibalte casó con doña Violante Osorio, de la casa de Astorga y Villalobos, y en un encuentro con el ejército de Almanzor, cuando el terrible caudillo regresaba de Compostela, peleó contra seis valientes moros, vencéndolos y adoptando por armas seis roeles rojos en campo de oro con una espada ensangrentada en medio. Y la prueba de que descenden de la familia de San Rosendo es, que desde los años de 1100 á los de 1410, los caballeros de tan ilustre apellido tuvieron sus enterramientos en la capilla del monasterio de Celanova, donde estaba sepultado el santo fundador, cuyas reliquias, encerradas en preciosa urna de plata, se veneran hoy en el altar mayor de la iglesia de dicho monasterio. Sobre algunos de los sepulcros veíanse estatuas yacentes con largos mantos y espuelas calzadas, y en todos ellos los seis

roeles, unas veces con la espada y otras sin ella.

Ambrosio de Morales copió el siguiente epitafio:

ERA MCCCLXII.
AQVI JAZ FELJOO ESCUDEIRO
BÓN FIDALGO E VERDADEIRO
GRAN CAZADOR E MONTEIRO.

El P. Gándara trae este otro:

HIC JACET FERDINANDVS GVI
RALDEZ FELJOO. ERA MCCXC,

y el mencionado Ojea refiere, que á los pies del sepulcro de San Rosendo, descubrieron los monjes otro pequeño, que contenía el cuerpo de un mancebito con la siguiente inscripción:

AQVI YACE F. FELJOO HEREDERO
DEL CASTILLO Y TIERRA DE SANDE.

El autor de la Historia y genealogía de los Feijoós, antes citada, dice que este niño fué hijo del referido D. Fernando Giraldez, y en el folio 13 narra el siguiente trágico suceso: «D. Fernando Giraldez Feijeó, hijo de don »Juan, Señor que fué de los castillos de Sande »y S. Cruz y otras jurisdicciones, tenía un »hijo legítimo, y otro bastardo en el castillo »de S. Cruz: el legítimo se llamaba D. Fer- »nando, y el bastardo Men Feijoó, que tenía »nueve hijos de una mujer soltera. En aquel »tiempo se usaba que los caballeros daban á »criar y enseñar sus hijos á los monjes de los »monasterios, y de ellos eran defensores,

»Acaeció que un día, estando un fraile que
»tenía cuenta con el niño, que ya tenía cuatro
»años, con él en el brazo, en la huerta del
»monasterio de Celanova, durmiendo á la
»sombra de un árbol, entró Men Feijoó, su
»hermano bastardo; y como halló al niño y al
»fraile durmiendo, mató al niño con un esto-
»que y se fué al castillo de S. Cruz en su
»caballo con sus peones; lo que ejecutó por
»heredar los bienes de su padre. Sabido el
»suceso por éste, con el dolor de la muerte de
»su hijo legítimo, se fué con 200 hombres al
»castillo de S. Cruz, le puso fuego, y quemó
»al hijo bastardo, hijos y peones y toda la
»gente que tenía consigo, y de ejecutado, se
»fué á confesar al monasterio de Celanova.
»El abad que era entonces no le quiso absol-
»ver sin licencia de Su Santidad, y se ofreció
»á ir por él á Roma, á buscar licencia para
»absolverle, con que el D. Fernando donase
»al dicho monasterio el castillo de Sande,
»y S. Cruz: así lo hizo el D. Fernando, y que-
»dó todo al monasterio, que lo tiene hoy, que
»es mucha hacienda y vasallos: no dejó nin-
»gún hijo, y está enterrado en un monumento
»en Celanova, que tiene un letrado que dice,
»etcétera. En efecto, el abad de Celanova osten-
»ta, entre otros títulos, los de marqués de Sande
y conde de Bande.

Todos convienen en que el primero que llevó el apellido Feijoó fué el valeroso conde don Tibalte; pero no todos están conformes

en cuanto á su etimología. El autor de la referida Historia, etc., cree que del número y forma de los roeles provino el apellido *Seis os*; transformado por corrupción en *Feijoós*; pero el P. Sarmiento, en uno de sus MSS, opina que *Feijoó* viene del *Fassolus* latino, sin duda porque *Fassolus* equivale á *Fac solus*, que muy bien pudiera aludir á la hazaña realizada por don Tibalte, y *Fac solus* en gallego se dice *Fai só*, de donde fácilmente pudo originarse la palabra *Feijoó*. Ambas opiniones nos parecen tan ingeniosas como aventuradas. ¿Qué necesidad hay de acudir á tales conjeturas, muy propias de la época en que aquellos escritores florecieron, cuando existe en gallego la palabra *feixò*, ó *feijò*, como escribe Valladares en su *Diccionario gallego-castellano*,—Santiago, 1884—significando objetos parecidos en la forma á los roeles, á saber: una especie de haba, ó alubia, y también criadilla de tierra, ó trufa? ¿Cuánto más acertado no es suponer que los signos heráldicos, propios de los Feijoós, fueron en un principio seis *feijòs*, es decir, seis habas, ó seis bulbos, y que por lo grosero de la representación llegaron más tarde á confundirse con los roeles ó tortillos, que tanto abundan en los blasones de nobleza? Esto, al menos, parece deducirse de la quintilla grabada en la orladura del escudo que campaba en el monumento sepulcral de don Juan Feijoó de Prado, el Bueno, en la capilla del monasterio de Celanova. Decía así:

Esta espada ensangrentada
 Que vosotros aquí veis,
 Que de Feijoós es llamada,
 Y de ellos está cercada,
 Denota sangre de reis.

Sobre la entrada principal de la casa solariega de Casdemiro, vense hoy, á más de la espada y los roeles, dos candados cerrados, una espuela y la M inicial de los Montenegros, y más abajo la siguiente inscripción:

EN EL AÑO DE 1676 NACIO EN ESTA
 CASA EL Y^{MO} Y R^{MO} P. M. FEIJOO MONTEN.º

Entre las que adornaban el grandioso título levantado en las exéquias que por su eterno descanso se celebraron en el Colegio de San Vicente de Oviedo, había una alusiva al apellido Feijoó, que por lo muy extraña, transcribiremos aquí:

Fei-joo.

Unum pro multis fama locuatur.

Si del noble apellido
 De Feijoó dividido,
 Fiel los números cuento,
 Solo medio *Fei-joo* vale por ciento.

Y ya que hablamos de su familia, véase lo que el mismo Feijoó refiere de su señor padre: «Oí decir á un condiscípulo suyo, que »siendo niño estudiaba trescientos versos de »Virgilio en una hora... No gastó más tiempo »en estudiar la Gramática, que un año; y pue-

»do asegurar, que no ví gramático más perfecto. Sucedió alguna vez, por apuesta, dictar »cuatro cartas á un tiempo... Era facilísimo en »la poesía. Víle varias veces dictar dos y tres »hojas de muy hermosos versos, sin que el »amanuense suspendiese la pluma, ni un instante. Tenía sazonadísimos dichos.» (*Teatro Crítico*, tomo IV, disc. XIV, n. 23).

2.^a En la notable biografía de Feijoo, inserta en el album literario que con el título de *La Aldea de Casdemiro* publicó *El Heraldó Gallego*,—Orense, imp. de la Propaganda Gallega, 1876,—dice su autor el Sr. Murguía, que se le aseguró, sin que pudiera comprobarlo, que en el archivo de la familia del ilustre crítico se conservaba, escrito de su puño y letra, el borrador de la renuncia que hizo del Obispado para que había sido propuesto. Especie era esta por demás interesante, para que no pusiéramos la mayor diligencia en aclararla. Al efecto, hemos registrado cuidadosamente el referido archivo y podemos asegurar á nuestra vez, que ni en él existe tal borrador, ni el actual poseedor de la casa tiene noticia alguna de que en otro tiempo haya existido. Lo que, á nuestro juicio, hay de cierto en el particular es que, en 1726, hallándose Feijoo en Madrid, (donde, como es sabido, dedicó en 26 de Agosto, á su general Fr. José de Barnuevo, el primer tomo del *Teatro Crítico*,

que salió á luz el 3 del siguiente mes de Septiembre) Felipe V le ofreció, por conducto de su confesor, uno de los primeros Obispados de América, y que nuestro monje lo rehusó, escusándose verbalmente de aceptarle. Esto es, al menos, lo que se desprende de la relación que hace Fr. Eladio de Noboa en la *Ora-ción fúnebre* pronunciada en el Real Monasterio de S. Julian de Samos el 22 de Enero de 1765, é impresa en Salamanca por Antonio Villargordo y Alcaraz, 4.º—Dice así en la página 39: «Por los mismos principios se con-
»dujo en otros asuntos. Antes que el público
»viese sus escritos, ya la fama de su virtud y
»literatura había llegado al trono del Monar-
»ca, y el señor Felipe V le destinaba á una
»de las primeras Sillas de América (año de
»1726). Comunicóselo el confesor de Su Ma-
»jestad: agradeció con veneración el honor
»que le dispensaba la real piedad, y se escusó
»con eficacia, añadiendo con su natural inge-
»nuidad, que el Rey tentaba su ambición del
»modo más fuerte; porque en América un
»Obispo, á distancia de respetos y parientes,
»podía obrar con más libertad en el cumpli-
»miento de las obligaciones de su ministerio,
»y en la provincia á que se le destinaba, la
»vida es regularmente más larga que en Es-
»paña y aun en toda Europa. La estatura de
»un mérito que un gran Rey juzgaba digno
»del Obispado, y otro declaró acreedor á los
»honores de los obispos, solo pudo hacerse

»más prócer, colocando su humildad la mitra
»á los pies.»

3.^a El único autógrafo de Feijóo que se conserva en el archivo de su familia, es una carta escrita desde Oviedo á su hermano Don Plácido, en 5 de Diciembre de 1748, remitiéndole una copia impresa y autorizada (que también se conserva) del nombramiento de Consejero con que había sido agraciado, «para que quede en tu casa» le dice «con la estimación que merece.» Dicha copia aparece legalizada en Oviedo el día 1.^o del citado mes, y el nombramiento le fué expedido en San Lorenzo el Real á 17 de Noviembre del mismo año, siendo Secretario de S. M. D. Agustín Montiano y Luyando. La razón que movió al rey á otorgarle merced tan señalada, y «sin ejemplar en cuanto al motivo,» como el mismo Feijóo dice en el mencionado autógrafo, no puede ser más honrosa. He aquí sus palabras: «Por cuanto la general aprobación y aplauso que han merecido en la República literaria, á propios y á extraños, las útiles y eruditas obras de vos el M. Fr. Benito Feijóo, digno hijo de la Religión benedictina, mueven mi Real ánimo á hacer manifiesta mi gratitud á tan provechosos trabajos, y á que sea notorio el deseo que me asiste de que continúen con igual acierto para mayor lustre de mis vasallos: Y que he tenido á bien, conociéndoos

»accedor al señalado título de mi Consejo,
»condecoraros con él, como mis gloriosos pre-
»decesores le dispensaron á los Obispos de es-
»tos Reynos: Por tanto; habiéndolo determina-
»do así en decreto de siete del corriente, seña-
»lado de mi Real mano; en su consecuencia
»quiero y es mi voluntad, etc.»

4.ª El mismo Fr. Eladio de Noboa, en las páginas 40-42 de la Oración antes citada, hace el siguiente interesantísimo relato:

«Por superior decisión supo (Feijoó) que sus
»obras contenían en dos números doctrina pe-
»ligrosa: no dudó que, como hombre, podía
»haber errado y deslizándose su pluma, no sólo
»á doctrina peligrosa, sino á otra que mere-
»ciese más grave censura. Examinó luego su
»obra, para ver si con la luz del superior de-
»creto advertía el peligro que se había esca-
»pado á su cuidado. Halló luego en el impreso
»el motivo claro de la justa censura: registró
»el original escrito de su puño, y advirtió que
»el impreso no estaba arreglado á éste, y en la
»alteración que había padecido en la prensa,
»estaba todo el motivo de la censura, y esta
»alteración causaba todo el peligro. Explicó
»Feijoó su doctrina bajo este principio: envió
»la explicación al examen de los teólogos de
»la Madre universal de las ciencias, la Univer-
»sidad de Salamanca, con la confianza más
»firme de que á la perspicacia de aquellos sa-

»bios no podía ocultarse el menor riesgo que
»pudiese ocasionar su doctrina. Examinaron
»con la mayor atención el escrito, y dieron su
»dictamen treinta y tres teólogos, doctores y
»catedráticos de la Universidad y lectores de
»teología en los colegios de la misma. Convien-
»nen todos en que la doctrina, como se halla
»en el original escrito de mano del autor, no
»es peligrosa, ni contiene el menor motivo que
»cause ó ocasione peligro: si bien como se es-
»tampó en el impreso es peligrosa y merece la
»justa censura que se le dió. Concluyen aque-
»llos doctísimos maestros colmando de elogios
»al Maestro Feijóo. Contentóse éste con saber
»que no había errado, y no pensó en hacer
»pública esta demostración de su inocencia,
»sólo por que no se pensase que su obediencia
»no era la más respetuosa y profunda á la su-
»perior decisión. Quiso más se le pudiese im-
»putar un descuido, que no era suyo, sino de
»la prensa, que sincerarse á costa de que la
»malicia interpretase su apología como resis-
»tencia á un tribunal, á cuya decisión debe-
»mos tributar justamente todo nuestro respe-
»to, veneración y obediencia.» «*Hablo con la*
»*seguridad que me dan el escrito y aprobaciones*
»*originales, que conservo en mi poder.*»

El escrito á que alude se titula: *Explicación del sentido de las proposiciones que se tildaron de orden de la Inquisición en el Discurso sobre la importancia del conocimiento de las ciencias naturales para el estudio de la Teología moral; y*

creemos sea el mismo que se cita como existente en la Biblioteca de la Universidad de Oviedo, en esta forma: «Papel sobre la explicación de la doctrina contenida en los números 74 y 75 del Discurso XI del tomo VIII del *Teatro Crítico*, que mandó borrar el Santo Tribunal,» y del cual posee una copia el señor Murguía.

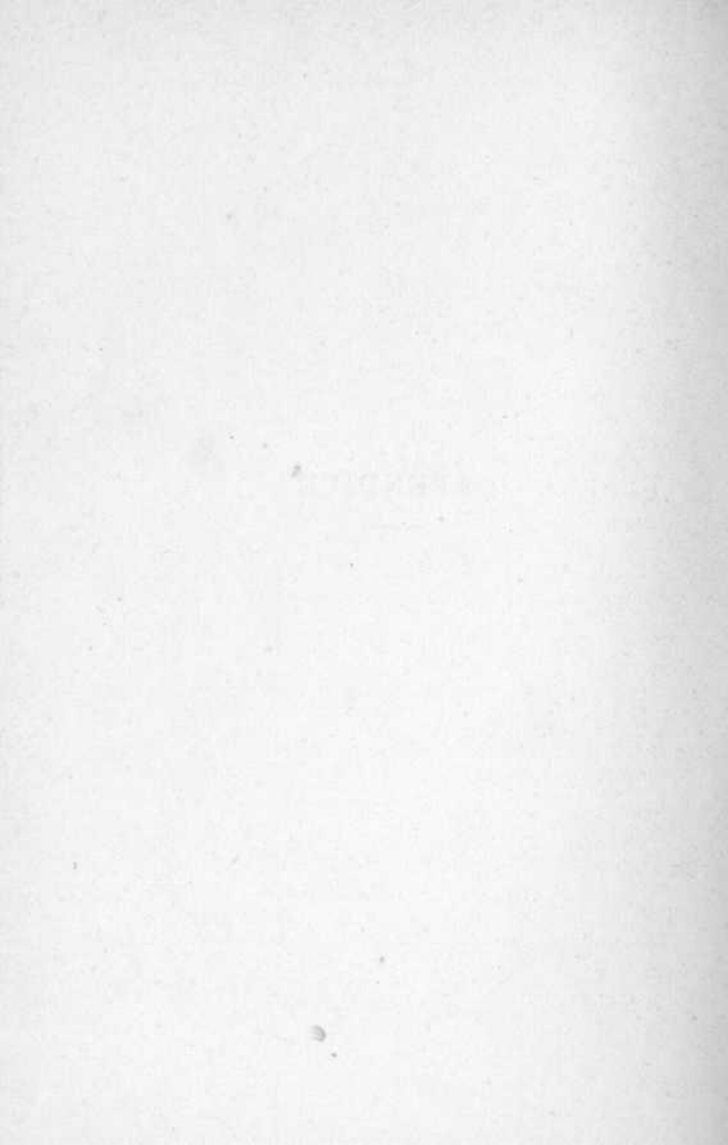
5.^a El Cardenal Querini, tan apasionado del *Teatro crítico*, que á pesar de su avanzada edad y gravísimas ocupaciones, ocupaba á veces días enteros en su lectura, y afirmaba, que á no entender la lengua castellana, la estudiaría con gusto, sólo por saborear el Discurso 7.^o del tomo I; en la extensa carta que dirigió á Feijoó en 30 de Septiembre de 1750, é hizo imprimir en Brescia; á vuelta de estos y otros encarecimientos, dice en la pág. 4: *Benchè qual altra ragione per sommamente apprezzarle (el Teatro crítico) ha da ricercarsi, dopo l'elogio che di quelle ha fatto la Santità di N. S. in una delle sue sapientissime Costituzione pubblicate l'ano decorso*: y el auditor de Rota, D. Manuel Ventura Figueroa, en la que le escribió con fecha 5 de Octubre de 1763, consigna las siguientes frases, pronunciadas por Fr. Manuel Barreda, General de los Carmelitas, en la *Oraación fúnebre* del referido Pontífice: «Fué Su Santidad apasionadísimo á ese grande hombre, honor de nuestra nación, el sapientísimo

»Feijoó, cuyo *Teatro crítico* me dijo muchas
»veces que leía con gran gusto, y aun confe-
»saba, que aquel su tratado de *Música de los*
»*templos* le dió el último impulso para la re-
»forma que hizo dentro de su Estado.»

...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

APÉNDICE





APÉNDICE



Además de los papeles y documentos antes citados, consérvanse en el archivo de Casdemiro, elegantemente impresas en seda, las seis conclusiones teológicas que nuestro benedictino defendió en público certamen el día 9 de Marzo de 1698, en el colegio de San Vicente de Salamanca, y dos copias: una de los versos con que se adornó el túmulo en las exequias que se le hicieron en el de San Vicente de Oviedo, los cuales andan impresos con la *Ora-ción fúnebre* de Fr. Benito de Uría, y otra de un romance laudatorio que le dirigió una se-

ñora, paisana suya, llamada doña Ana María Moscoso de Prado, y de la contestación que él le dió, y que por referirse á las aptitudes literarias del bello sexo, de seguro verán con gusto nuestro lectores. Dice así:

«Muy señora mía: La obra poética con que
 »Vmd. se dignó favorecerme, por mano de mi her-
 »mano Plácido, produjo los tres distintos efectos,
 »y aunque distintos, muy connexos, el rubor, ad-
 »miración y gratitud, sin poder yo discernir
 »cual de los tres sea el más vivo. No sé como un
 »entendimiento tan claro como se manifiesta el de
 »Vmd., pudo formar un concepto tan errado, ó
 »por lo menos, tan superior á mi mérito; pero no
 »será este error de su entendimiento, sino exceso
 »de la generosidad y esfuerzo de su noble cora-
 »zón. He exhibido el romance á algunos algo in-
 »teligentes en el arte de poesía, los cuales están
 »acordes en dificultar que ésta sea obra de mujer:
 »yo les he concedido que pueden tener á buen mo-
 »tivo para la duda; porque, aunque por parte de
 »la agudeza ó ingeniosidad, estoy siempre firme
 »en el concepto de que no hay desigualdad alguna
 »entre los dos sexos, no es así por lo común en
 »cuanto á la energía, fuerza ó valentía del nu-
 »men, en lo que he observado hasta ahora; que
 »aun en las obras mentales se resiente el bello
 »sexo de la debilidad de su temperamento; y hasta
 »ahora no he visto otra excepción de esta regla,
 »que la que se me presenta en Vmd., á quien rindo
 »los más cordiales agradecimientos por tanto fa-

»vor, sintiendo mucho que me estorbe explicarme
»más en la materia la multitud de cartas de que
»me veo casi sofocado, á que se añade hallarse
»algo quebrantada mi salud.

»La de Vmd. prospere Nuestro Señor por mu-
»chos años. Oviedo y Febrero 26 de 1749.

»Mi Sra. D.^a Ana María Moscoso de Prado,
»B. l. m. de Vmd.

»Su más rendido servidor y capellan,
»Fr. Benito Feijóo.»

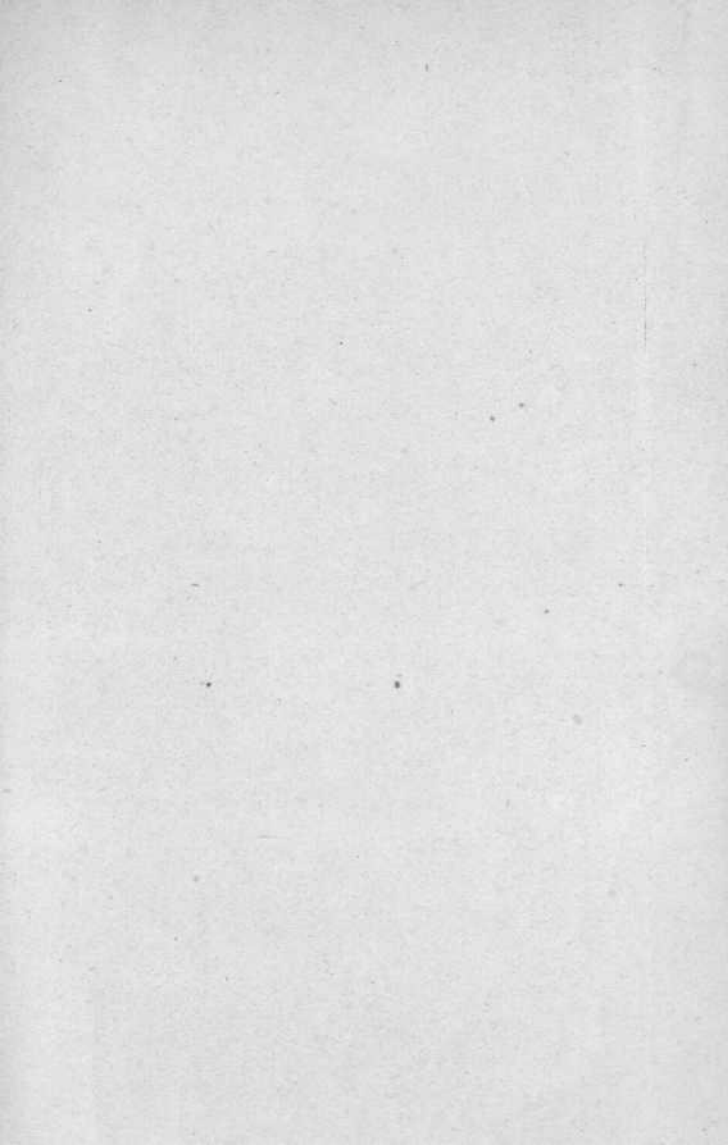
De objetos que tengan relación con el insigne crítico, sólo hemos visto en su casa natal de Casdemiro la mascarilla que se sacó á poco de haber espirado, y cuya fotografía ha tenido á la vista el autor de la estatua, y un retrato en lienzo, de escaso mérito artístico, pero de mucho parecido, con la fecha y lugar de su fallecimiento. Reciban el Sr. D. Adelmo Feijóo y su distinguida esposa Doña Irene Carballo, el testimonio de mi reconocimiento, por la cordial hospitalidad que me dispensaron, y la exquisita galantería con que pusieron á mi disposición cuantos documentos conservan relativos al sabio monje que ilustró con sus escritos los gloriosos timbres de su nobilísima familia.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Al lector.	VII
Biografía del autor.	IX
Prólogo.. . . .	XIX
Elogio del P. Feijóo.. . . .	1
Notas.. . . .	43
Apéndice.. . . .	59

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	DICE	DEBE DECIR
VIII	10	<i>neces</i>	<i>neces</i>
XV	5	textura	<i>textura</i>
XVII	14 y 15	inmaculado	inmaculado
XXV	10	cuanto	cuanto
XXXIII	7	equidad	equidad social
XLV	12	musas populares	masas populares
XLVIII	22	<i>libre pensador</i> ,	<i>libre pensador</i>
LI	12	3 de Septiembre	9 de Septiembre
LIII	7	anhelante,	anhelante
8	11	en noche al proceloso	en noche oscura al proceloso
11	11	la alumbre	la alumbra
28	22 y 23	«mezquina crítica de ápices gramaticales»	lo mismo, sin comillas
32	(Nota)	CETATIS SUE	ÆTATIS SUE
35	4	de los bienaventurados	del bienaventurado
41	11	y te bendiga	y bendiga
48	28	ostenta	ostentaba
50	20	<i>locuatur</i>	<i>loquatur</i>
56	17	á vuelta	á vueltas







THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345

PHYSICS 3345